OCTAVIO MIRBEAU

LA GUERRA



COLECCIÓN INQUIETUD :: VOLUMEN III

LA GUERRA

Colección INQUIETUD :: Volumen III

OCTAVIO MIRBEAU

La Guerra

TRADUCCIÓN DE

R. BLANCA





EDITORIAL MODERNA

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LA CADENA, 39. – BARCELONA

1922

DALMAU, YUSTE Y BIS, IMPRESORES.-RONDA S. PABLO, 42.-BARCELONA



LA GUERRA

I

Nuestro regimiento era lo que se llamaba entonces un regimiento en marcha. Había sido formado en Mans, muy penosamente, con todos los restos de Cuerpos y elementos diversos que eran un obstáculo en la población : zuavos, «moblots», francotiradores, guardas forales, caballería desmontada, y, en fin, hasta gendarmes, españoles y válacos. Había de todo, y ese todo iba mandado por un viejo capitán de Administración, promovido por las circunstancias al grado de teniente coronel. En aquel tiempo, semejantes ascensos no eran raros. Había que tapar los agujeros abiertos en la carne francesa por los cañones de Wissembourg y de Sedán. Muchas compañías carecían de capitán ; la mía misma tenía a la cabeza un tenientillo de movilizados, joven de veinte años, débil, pálido y tan poco fuerte, que, después de algunos

kilómetros, sofocado, arrastrando las piernas, concluyó la etapa en un furgón de la ambulancia. ¡ Pobre diablo ! Bastaba mirarle a la cara para que enrojeciese. Jamás se permitió dar una orden, por temor de equivocarse y quedar en ridículo. Nosotros nos burlábamos de él a causa de su timidez y de su debilidad, y, sin duda, también, porque era bueno y distribuía algunas veces a los hombres cigarros y suplementos de carne. Yo me hice rápidamente a esta nueva vida, animado por el ejemplo y sobreexcitado por la fiebre del medio. Al leer los aflictivos relatos de nuestras batallas perdidas, yo me sentía como transportado en medio de una borrachera, sin mezclar en ella, sin embargo, la idea de la patria amenazada. Nos detuvimos en El Mans un mes para equiparnos y hacer el ejercicio, corriendo los «cabarets» y las casas de mujeres. En fin, el 3 de octubre partimos.

Conjunto de soldados errantes, de destacamentos sin jefes, de vagabundos voluntarios, mal equipados, mal nutridos — frecuentemente sin comer—, sin cohesión, sin disciplina, cada uno pensaba únicamente en sí y sólo tenía un sentimiento implacable de feroz egoismo ; este llevaba un gorro de mecánica, aquel rodeaba su cabeza con un pañuelo, otros iban vestidos con pantalones de artillero y blusas de rayadillo. Así íbamos por los caminos, desgarrados, harapientos, espantables. Al cabo de

doce días nos incorporamos a una brigada formada hacía poco, y atravesamos los campos, alocados, por decirlo así, sin objeto. Un día hacia la derecha, otro hacia la izquierda ; un día hacienda etapas de 40 kilómetros ; al siguiente retrocediendo otro tanto, volviendo sin cesar sobre el mismo círculo, como un rebaño desbandado que ha perdido a su pastor. Nuestra exaltación decayó en seguida. Tres semanas de sufrimiento bastaron para ello. Antes de que hubiésemos oído el rugido del cañón y el silbido de las balas, nuestra marcha parecía la retirada de un ejército vencido, molestado por las cargas de la caballería, precipitado en el delirio de los atropellos y por el vértigo del ¡ sálvese el que pueda ! ¡ Cuantas veces vi a los soldados deshacerse de sus cartuchos sembrándolos a lo largo de los caminos !

—¿ Para qué me sirve eso ?—decía uno de ellos—. Yo no tengo necesidad de uno solo para alcanzar el corbatín de capitán la primera vez que nos batamos.

Por la noche, en el campo, acurrucados alrededor de la marmita o tendidos a lo largo del suelo húmedo, con la cabeza en la mochila, pensaban en la casa de donde habían sido violentamente arrancados. Todos los jóvenes, los brazos robustos, habían salido de la campiña ; muchos dormían ya en la tierra, allá abajo destripados por los obuses ; otros destrozados, espectros de soldados, andaban por las llanuras y los

bosques esperando la muerte. En los campos de duelo no quedaban más que los viejos inclinados hacia el suelo y las mujeres que lloraban. El ambiente de las eras, donde se aventaba el trigo, era mudo y callado ; en los campos desiertos, donde nacían hierbas estériles, no se distinguía, como antes, bajo la púrpura del ocaso del sol, la silueta del labrador que regresaba a la granja al paso de sus fatigadas mulas. Y los hombres de grandes sables llegaban y tomaban un día un caballo, otro día otro, vaciando los establos en nombre de la ley, porque no bastaba a la guerra atracarse de carne humana, sino que necesitaba también devorar las bestias, la tierra, todo lo que vivía en la calma, en la paz del trabajo y del amor... Y en el fondo del corazón de todos esos miserables soldados, donde los siniestros fuegos del campo estallaban iluminando sus cenceñas figuras y sus dobladas espaldas, reinaba una misma esperanza : la esperanza de la próxima batalla, es decir, la huída, cruzando el aire y la fortaleza alemana.

Sin embargo, nos preparábamos a la defensa de los países que atravesábamos y que aún no estaban amenazados. Ideamos para ello cortar los árboles y echarlos sobre los caminos ; hicimos saltar los puentes, profanamos los cementerios a las entradas de los pueblos, so pretexto de hacer barricadas, y obligamos a los habitantes, bayoneta en ristre, a ayudarnos en

la devastación de sus bienes. Luego nos extendimos, dejando tras de nosotros ruinas y odios.

Recuerdo que una vez necesitamos arrasar hasta la última brizna de un hermoso parque, porque pensábamos colocar unas tiendas de campaña que no ocupamos jamás. No hacíamos nada para asegurarnos las gentes. Así, cuando nos acercábamos, se cerraban las casas, y los aldeanos escondían sus provisiones. En todas partes los pueblos eran hostiles, ariscos y tacaños. Entre nosotros se promovieron risas sangrientas, porque encontramos en un rincón un puchero con desperdicios de cerdo, y el general hizo fusilar a un viejo que había ocultado en su jardín, bajo un montón de estiércol, algunos kilogramos de tocino.

El 1.° de Noviembre emprendimos la marcha al rayar el día y, después de tres horas, llegamos a la estación de La Loupe. Reinó, desde luego, un gran desorden y una confusión inexplicable. Muchos abandonaron las filas, extendiéndose por el pueblo, distante un kilómetro, dispersándose por las tabernas inmediatas. Durante una hora, lo menos, los clarines estuvieron llamando a compañía. Los de caballería fueron enviados a la población para recoger a los fugitivos y se detuvieron a beber. Corrió el rumor de que un tren formado en Nogent-le-Rotrou debía recogernos y llevarnos a Chartres, amenazado por los pru-

sianos, los cuales habían saqueado a Maintenon, según decían, y acampaban en Jouy. Interrogado un empleado por el sargento, respondió que no había oído decir nada. El general, un viejo pequeñito, gordo, corría y gesticulaba, manteniéndose a duras penas sobre el caballo, galopando a derecha e izquierda, moviéndose y removiéndose sobre la montura como un tonel, repitiendo sin cesar, con la cara congestionada y el bigote estufurrado:

—¡Ah, cabra!... ¡Hijo de cabra!...

Echó pie a tierra, con ayuda de su ordenanza, desenredándose de las correas del sable, que le arrastraba hasta el suelo, y, llamando al jefe de estación, que parecía asustado, entabló con él un animadísimo diálogo.

—¿Y el alcalde?—gritó el general—. ¿Dónde está ese cabra? ¡Que se me presente!... ¿Es que me quiere fastidiar aquí?

Soplaba, murmuraba palabras ininteligibles, pataleando, insultando al jefe de la estación. En fin, los dos, uno con la cabeza baja y el otro haciendo gestos furiosos, acabaron por entrar en el cuarto del telégrafo, de donde no tardó en salir un ruido loco, encarnizado, vertiginoso, cortado de cuando en cuando por la voz del general. Uno se decidió a hacernos entrar en el anden por compañías; allí dejamos las mochilas en tierra y quedamos inmóviles formados ante las armas. La noche se acercaba; llovía fría y lentamente, y e

agua atravesaba nuestros capotes, ya calados antes por los chaparrones. Aquí y allá se veían algunas lucecillas pálidas, haciendo más obscuros los almacenes y la masa de los vagones, que los hombres que estaban en la estación. El montacargas, erguido sobre su plataforma giratoria, destacaba bajo el cielo su largo cuello de girafa perdida.

Aparte del café que habíamos tomado rápidamente por la mañana, no habíamos comido nada durante el día y, más aún que la fatiga, que nos rendía el cuerpo, el hambre nos mordía las entrañas. Nosotros nos decíamos, consternados, que habría que pasarse sin comer. Nuestros estómagos estaban vacíos, agotadas nuestras provisiones de galleta y de tocino, y los hornos de la intendencia, apagados desde la noche anterior, no echaban humo. Muchos de entre nosotros murmuraban, proferían en alta voz palabras de amenaza y de revuelta; pero los oficiales, que se paseaban, también entristecidos, ante las armas amontonadas, parecían no prestar atención a ello. Yo me consolaba al pensar que el general había quizá verificado una requisa de los víveres del pueblo. ¡Vana esperanza! Los minutos pasaban. La lluvia caía siempre sobre las escudillas vacías, y el general continuaba injuriando al jefe de estación, que seguía vengándose sobre el telégrafo, cuyos ruidos eran cada vez más precipitados y dementes... De cuando en cuan-

do los trenes se detenían atestados de tropa. Los movilizados, los cazadores de línea, despechugados, con la cabeza al aire, la tirilla colgando, borrachos algunos y con el quepis de medio lado, escapaban de los coches donde venían hacinados, invadían la cantina, o se estiraban al aire libre con toda impunidad. De este hormigueo de cabezas humanas, de este azacane de rebaño sobre el suelo de los vagones, partían juramentos, cantos de *Marsellesa,* refranes obscenos, que se mezclaban con los llamamientos de los mozos de equipo y el tintineo de las campanas, y el resoplido de las máquinas. Reconocí a un muchacho de Saint-Michel, cuyos párpados hinchados lloraban. Tosía y escupía sangre. Le pregunté dónde iban. No sabían nada. Habían salido de Mans, estuvieron detenidos doce horas en Connerí, a causa de la obstrucción de la vía, sin comer, y demasiado hacinados para poderse alojar y dormir. Era cuanto podía decirme. Apenas si tenía fuerzas para hablar. Se dirigió a la cantina, con objeto de limpiarse los ojos con un poco de agua tibia. Le estreché la mano y me dijo que esperaba que en el primer encuentro los prusianos le harían prisionero.

...El tren partió y se perdió a lo lejos, en lo negro, llevando todas aquellas figuras extenuadas, todos aquellos cuerpos ya vencidos, yo qué sé a qué inútiles y sangrientas carnicerías.

Yo tiritaba. Bajo la lluvía helada que me corría por la carne sentíame invadido por el frío, y me parecía que mis miembros se anquilosaban. Aproveché un desorden motivado por la llegada de un tren, para ganar la valla abierta y huir sobre la vía buscando un abrigo, una casa donde poderme calentar, encontrar un pedazo de pan y alguna cosa más. Las casas y las cantinas inmediatas a la estación estaban guardadas por centinelas, que tenían orden de no dejar pasar a nadie... A 300 metros de allí distinguí unas ventanas que lucían dulcemente en medio de la noche. Aquellas luces me hicieron el efecto de dos buenos ojos, dos ojos llenos de piedad que me llamaban, me sonreían y me acariciaban... Era una casita pequeña, aislada a algunos pasos del camino. Corrí hacia ella... Un sargento, acompañado de cuatro hombres, estaba allí jurando y dando voces. Cerca del hogar apagado vi a un viejo sentado en una silla baja de enea, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Una vela que ardía en un candelero de hierro, iluminaba la mitad de su semblante, surcado y arado por profundas arrugas.

—¿Nos das la leña, por fin?—gritó el sargento.

—No tengo nada de leña—respondió el viejo—. Hace ya ocho días que está pasando tropa, ya os lo he dicho; me lo han cogido todo.

Se inclinó sobre la silla y murmuró con voz débil :

—¡ No tengo nada... nada... nada !...

El sargento se encogió de hombros.

—No seas astuto, viejo canalla... ¡ Ah, tú guardas tus troncos para calentar a los prusianos ! Pues bien ; yo te voy a fastidiar por los prusianos... ¿ Oyes ?

El viejo sacudió la cabeza.

—Pero si no tengo nada de leña...

Con un gesto de cólera el sargento mandó a los hombres registrar la casa. De arriba abajo pasaron revista a todo. No había nada, nada, sino señales de violencia y muebles rotos. En la despensa había sidra derramada por el suelo ; los toneles estaban destapados, y por todas partes se extendían olores nauseabundos y penetrantes. Eso exasperó al sargento, que hirió el suelo con la culata del fusil.

—Vamos—exclamó—, vamos, viejo cochino ; dinos dónde tienes la leña.

Y sacudió rudamente al anciano, que vaciló y fué a dar con su cabeza contra el bordillo de hierro de la cocina.

—No tengo nada de leña— repitió sencillamente el pobre hombre.

—¡ Ah, tú te emperras ! ¿ Conque no tienes leña ? Pues bien ; aquí tienes sillas, una mesa, una cama... Si no dices dónde tienes la leña, haré una hoguera con todo eso.

El viejo no protestó. Repitió de nuevo, inclinando su cabeza blanca :

—Yo no tengo leña.

Quise interponerme y balbuceé algunas palabras ; pero el sargento no me dejó acabar ; me miró de arriba abajo, con una mirada de desprecio.

—¿ Y quién te ha llamado aquí, especie de galopín ?—me dijo—. ¿ Quién te ha dejado salir de las filas, mocoso ? ¡ Vamos ; media vuelta y al paso gimnástico ! ¡ Tu, rá, ta ta ta ta, ta rá !

En seguida dió la orden. En algunos minutos, sillas, mesa, alacena, cama, fueron hechas pedazos. El buen hombre se alzó penosamente y fué a recogerse en el fondo del cuarto ; y mientras ardía la hoguera, y el sargento, cuyo capote y pantalón humeaban, se calentaba, riendo, delante del brasero crepitante, el viejo miraba quemarse sus muebles con un aire estoico, no cesando de repetir con obstinación :

—¡ Yo no tengo leña !

Regresé a la estación.

El general había salido del cuarto del telégrafo más animado, más rojo, más colérico que nunca. Murmuró alguna cosa, y en seguida se operó un gran movimiento. Se oía el ruido del sable ; las voces de llamada contestaban ; los oficiales corrían en todas direcciones. Sonaba la trompeta. Sin comprender nada de esta con-

traorden tuvimos que ponernos la mochila y el fusil al hombro.

—¡ Adelante... archen !...

Con los miembros rígidos por la inmovilidad, cabeceando, nos dábamos unos contra otros, reprimiendo nuestra carrera jadeante bajo la lluvia, sobre el barro, en medio de la noche. A derecha e izquierda, el campo desaparecía, ahogado por las sombras, allí donde las copas de los manzanos parecían tocar con el cielo. A veces, allá, muy lejos, ladraba un perro... Después venían bosques sombríos, apretadas arboledas, que subían de un lado y otro como murallas. Luego, los pueblos dormidos, donde resonaban lóbregamente nuestros pasos, y donde asomaba por las entreabiertas ventanas la visión vaga de una forma blanca, asustada... Y más campos, y más bosques y más pueblos... Ni una canción, ni una palabra ; un silencio enorme ritmado únicamente por un sordo ruido de andar. Las correas de la mochila se me hundían en la carne ; el fusil me producía el efecto de un hierro candente sobre la espalda... Hubo un instante en que creí que yo era la acémila de un gran carro cargado de piedras de sillería, y que los carreteros sacudían sus látigos en mis piernas. El mover de mis pies, la división de mi espalda, lo tendido del cuello estrangulado por la cabezada, me hacían resoplar, me abatían. Bien pronto no tuve conciencia de nada. Iba

maquinalmente embrutecido, como en un sueño. Extrañas alucinaciones pasaban ante mis ojos... Veía un camino de luz que se hundía a lo lejos, lleno de palacios y de magníficas girandolas... Hermosas flores abiertas se balanceaban en el espacio con sus corolas encima de flexibles tallos; una multitud alegre cantaba ante mesas llenas de frescas bebidas y de deliciosos frutos... Mujeres rodeadas de gasa danzaban sobre las praderas iluminadas, al son de una multitud de orquestas. Había alfombras en los bosques, hojas hermosísimas y estrellas de jazmines refrescadas por surtidores de agua.

—¡ Alto !—dijo el sargento.

Me detuve y, para no caer al suelo, hube de apoyarme en el brazo de un camarada... Todo era negro. Habíamos llegado a una tienda de campaña. Me entretuve en curarme los pies, con algo que conservaba no sé dónde y, como un pobre perro extenuado, me tendí sobre la húmeda tierra y me dormí profundamente. Durante la noche, los camaradas, rendidos de fatiga y caídos en el camino, no cesaron de acudir al campamento. De cinco de ellos no se volvió a oir hablar. Era una cosa que pasaba siempre en cada marcha penosa; algunos, debilitados o enfermos, caían en las zanjas y morían allí; otros desertaban...

A la mañana siguiente sonó el toque de diana al salir el Sol. La noche había sido muy

fría ; no había cesado de llover y, para dormir, no habíamos podido procurarnos el menor montón de paja o de heno. No menos dificultad hube de experimentar para salir de la tienda ; por un momento hube de mantenerme de rodillas, andando a cuatro patas, pues las piernas se negaban a llevarme. Mis miembros estaban ateridos, rígidos como barras de hierro ; me fué imposible mover la cabeza sobre mi cuello paralizado, y mis ojos, que se hubiese dicho que habían sido pinchados por una infinidad de agujas, no cesaban de lagrimear. Al mismo tiempo sentía en las espaldas y en los riñones un dolor vivísimo, lacerante, intolerable. Observé que mis camaradas no estaban mejor que yo. Con señales de cansancio y el color terroso, avanzaban, unos cojeando terriblemente, otros inclinados y vacilantes, tropezando a cada paso en los terrones de barro endurecido ; todos lisiados, lamentables, horriblemente sucios.

Vi muchos de ellos, atacados de violentos cólicos, retorcerse y gemir llevándose las manos al vientre ; otros, sacudidos por la fiebre, castañetear los dientes. En torno mío oía toses secas, desgarraciones de pecho, respiraciones anhelantes, quejas y ronquidos. Una liebre salió escapada de su madriguera, con las orejas hacia atrás, pero nadie pensó en perseguirla, como lo hubiésemos hecho en otro tiempo. Terminó la llamada y hubo distribución de vitua-

llas, porque la intendencia acabó por encontrar a la brigada... Nos hicimos la sopa, que comimos tan glotonamente como los perros hambrientos.

Yo sufría siempre. Después de la sopa experimenté un atontamiento, al que siguieron muy pronto vómitos y los tiritones de la fiebre. Todo a mi alrededor giraba; las tiendas, el bosque, las llanuras, el pueblo, allá abajo, con sus chimeneas echando humo en la bruma, y el cielo mismo, donde giraban gruesas nubes pardas y bajas. Pedí permiso al sargento para ir a la visita.

Las tiendas se alineaban en dos filas, adosadas al bosque, a cada lado del camino de Senonches, que desemboca en la campiña con un magnífico portillo en las encinas, atraviesa a trescientos pasos de allí la carretera de Chartres y más lejos el burgo de Dellomer, para continuar su curso hacia La Loupe. En la encrucijada hecha por los dos caminos había una casa miserable cubierta de rastrojo; era una especie de cobertizo abandonado que servía de abrigo a los camineros durante la lluvia. Allí fué donde el cirujano había establecido una ambulançia improvisada, reconocible por la bandera de Ginebra, plantada en una hendidura del muro. Delante de la casa esperaban muchos. Una larga fila de heridos, de extenuados; éstos, de pie, con los ojos grandes y fijos; aquéllos, sentados en el suelo, tris-

tes, con las clavículas cosidas y remendadas y la cabeza entre las manos.

La muerte había extendido ya sobre sus demacrados semblantes su horrible garra; sus espaldas descarnadas y sus miembros colgantes estaban ya vacíos de sangre. En presencia de estos horrores, olvidando mis propios sufrimientos, me enternecí. Así, tres meses habrían bastado para aniquilar todos aquellos cuerpos robustos, hechos a las fatigas y al trabajo, sin embargo... ¡Tres meses! Y aquellos jóvenes que amaban la vida, aquellos hijos de la tierra que habían crecido, soñadores, en la libertad de los campos, confiados en la bondad de la naturaleza nutridora, iban a terminar... Al marino que muere se le da el mar por sepultura; desciende en la noche eterna con el balanceo de las armoniosas olas... Pero aquellos, dentro de algunos días y acaso pronto, caerían descamisados contra el suelo, al borde de una zanja, como carroñas entregadas al colmillo de los perros abandonados o al pico de las aves de la noche. Yo experimenté tan fraternal y tan dolorosa conmiseración, que habría querido estrechar a todos aquellos tristes hombres contra mi pecho en un solo abrazo, y deseaba —¡con qué fervor!—, deseaba tener como Isis cien senos de mujer llenos de leche para ofrecerlos a todos aquellos labios exangües. Entraron uno por uno a la casa, y volvieron a salir en seguida perseguidos por un gruñido y un

juramento. Desde luego, el cirujano no se ocupaba de ellos. Muy colérico, reclamaba a un enfermero su botiquín de campaña, que no lo había encontrado en el bagaje.

—Mi botiquín, Dios mío—gritaba—. ¿Dónde está mi botiquín? ¿Y mi estuche? ¿Qué se ha hecho de mi estuche? ¡Ah, Dios mío!

Un pequeño movilizado que sufría un absceso en las rodillas, volvió renqueando, llorando, arrancándose el pelo de desesperación. No le habían querido visitar. Cuando me tocó el turno, temblaba muchísimo. En el fondo de la habitación, en la sombra, cuatro enfermos roncaban, acostados sobre la paja; un quinto gesticulaba, pronunciando en el delirio palabras incoherentes; otro más, a medio levantar, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se quejaba y pedía de beber con vez débil, con una voz de niño. Acurrucado ante la chimenea, un enfermero presentaba a la llama, colgado en un extremo de un palo, un pedazo de morcilla grasiento, llenando el cuarto con un olor hediondo de grasa.

El médico no me miró. Gritó:

—¿Qué es eso; aún hay más?... ¡Hatajo de podridos!... Diez leguas en las piernas es lo que te falta... ¡Vamos! ¡Archen! ¡Media vuelta!

En la puerta me crucé con una mujer, que me preguntó:

—¿Es aquí dónde está el «cirujano»?

—¿Mujeres ahora? — gruñó el médico—. ¿Qué es lo que queréis?

—Perdón, perdonad, señor «cirujano»—dijo la aldeana, que avanzó tímidamente—. Yo vengo por mi hijo, que es soldado.

—Oiga usted, tía vieja: ¿Usted cree que yo estoy encargado de cuidar de su hijo?

La mujer, con las manos cruzadas sobre el puño de su paraguas, toda temerosa, examinó la habitación en torno de ella.

—Parece que está malo mi hijo; bien, bien malo... Y he venido a ver si usted le ha visto, señor «cirujano».

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo la mujer de Riboulleau.

—¡Riboulleau... Riboulleau! Es posible... Ved en aquel sitio.

El enfermero que asaba la morcilla volvió la cabeza.

—¿Riboulleau, dice? Pero si ha muerto hace tres días...

—¿Cómo? ¿Qué «dicís»—gritó la aldeana, cuya figura curtida palideció de repente—. ¿Dónde ha «morto»? ¿Por qué ha «morido» mi querido?

El médico intervino y, colocando a la vieja en la puerta brutalmente, dijo:

—¡Vamos, vamos! Aquí ningún espectáculo, ¿eh?... ¿Ha muerto? Pues bien; eso es todo...

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—gemía la aldeana, partiendo el alma.

Me alejé con el corazón hinchado, y tan desalentado, que me decía si no valdría más acabar pronto colgándome de un árbol o saltándome la tapa de los sesos. Mientras regresaba a la tienda rodaban por mi cabeza los más negros pensamientos, y apenas si fijé mi atención en el pequeño movilizado detenido al pie de un pino, que se había abierto por sí mismo el absceso con su cuchillo y, sudoroso, vendaba la llaga por donde corría la sangre.

II

La mañana fué mucho mejor de lo que yo había imaginado. Tuve la suerte de no tomar parte alguna en ningún servicio, y después de limpiar mi fusil, roído por el orín, gocé algunas horas de descanso. Echado sobre mi manta, con el cuerpo entorpecido en un semisueño delicioso que me permitía oir, percibí distintamente los ruidos del campo, los toques de la corneta y el relincho de los caballos a lo lejos. Soñé entonces en las cosas y en los seres de que me había alejado. Mil figuras y mil paisajes desfilaron rápidamente ante mis ojos... Volví a ver al Prior, a mi madre muerta, y a mi padre, con su gran sombrero de paja : al mendigo de los cabellos de estopa y a Félix acurrucado en las lindes, en medio de

las lechugas, acechando a un topo. Vi, ante mí, mi cuarto de estudiante, mis compañeros de colegio y, dominando el tumulto de Bullier, a Nini, gris y erizada, con sus labios bermejos, su caperuza roja y sus medias de rosa, saliendo como flores lascivas de sus faldas levantadas por la danza. Luego, la imagen de una mujer desconocida, con traje de color malva, que vi una tarde en el teatro, en la sombra de un cuarto, se me presentó como una visión obstinada y dulce.

Mientras tanto, los más útiles de entre nosotros habían ido a merodear por la campiña alrededor de las granjas. De ellas regresaban contentos, cargados con haces de paja, gallinas, pavos y patos. Uno llevaba ante sí, a fuerza de puñetazos, un gran cerdo que gruñía; otro se bamboleaba con un cordero a la espalda; aquel conducía de una soga a un ternero que se resistía cómicamente sucudiendo sus morros y bramando. Los aldeanos acudían al campamento para quejarse de haber sido robados, y se les gritaba o se les daba caza.

El general, acompañado de nuestro teniente coronel, que estaba a su derecha, rígido, con la pupila inmóvil, vino a pasarnos revista al medio día. Su mirada brillante, su color encendido y su voz pastosa decían claramente que había almorzado bien. Chupaba un cigarro medio apagado, escupía, resoplaba y mugía no se sabe contra quién y por qué, porque

no se dirigía a nadie directamente. En frente de nuestra compañía, estaba el teniente coronel con un aire severo. Oí que el general gruñía:

—¡Ah, cabra! ¡Qué sucios esos hombres!...

Después se alejó, llevando todo el peso de su vientre sobre sus cortas piernecillas, calzadas con botas amarillas, sobre las cuales caían los pantalones rojos hinchados y pomposos como una falda.

El resto de la jornada se consagró a paseos por los albergues de Bellomer. Por todas partes había el mismo estorbo y el mismo ruido. Yo conocía ya perfectamente aquellas ocupaciones y asaltos de los mesones, aquellos violentos acosos de alcohol que degeneraban con frecuencia en pelea general, y preferí irme, con algunos camaradas pacíficos, por el camino, lejos de los alborotos. Precisamente el cielo ofrecía una gran belleza, y un sol pálido caía de él, desgajando las nubes. Nos sentamos sobre un talud, de espaldas a los caliginosos rayos solares, como un gato bajo la mano que le acaricia. Pasaban vehículos, pasaban constantemente pesadas carretas, banastas, carros adornados con su toldo y chirriones conducidos por borriquillos. Eran los aldeanos de la llanura de Chartres que huían de los prusianos. Alocados por los relatos —llevados de pueblo en pueblo— de incendios, de violacio-

nes, de matanzas, de las diversas atrocidades que los prusianos infligían en los territorios invadidos, se llevaban precipitadamente cuanto poseían de valor, abandonando los campos y las casas, y perdidos iban por los caminos, sin saber hacia dónde. Por la noche se detenían al azar, en las márgenes del camino, cerca de un pueblo o a campo raso. Las caballerías, sueltas o trabadas, comían la hierba de los prados, y las gentes se alimentaban y dormían a la ventura, con la guardia de los perros, a la intemperie y bajo la lluvia, en la frescura de las noches brumosas. Después, por la mañana temprano, se extendían de nuevo. Rebaños de bestias y de hombres se sucedían interminablemente. Pasaban, y sobre la amarilla carretera se veía alejarse la fila negra y doliente de los fugitivos, hasta trasponer el horizonte. Se hubiera dicho que aquello era el éxodo de un pueblo. Yo pregunté a un viejo, que conducía un carro con un asno, y en el fondo del cual llevaba paja y algunos líos envueltos en pañuelos, zanahorias, berzas, una mujer chata, dos cerdos y parejas de aves atadas por las patas.

—¿Han tenido ustedes a los prusianos?

—¡Oh! ¡Los ladrones!—respondió el viejo.—¡No me habléis de ellos! Una mañ... llegó una bandada con plumas en los sombreros. ¡Traían un escándalo! ¡Jesús me valga! ¡Cogieron todo! Desde luego, yo creo que

eran los prusianos; salieron después de los francotiradores.

—¿Pero los prusianos?

—¡Los prusianos!... Porque los prusianos, son los prusianos los que hemos visto seguramente... Y deben estar cerca de nosotros a estas horas, ¡cuidado!... La Jaquelina cree que ha visto uno hoy detrás de un seto... El era alto, muy alto, de pelo rojo, como dicen que es el del diablo... ¿De dónde se han destacado esos salvajes aparecidos?... En fin, en fin, ¿es esto justo?

—Esos son los alemanes, buen hombre, como nosotros somos franceses.

—¿Armanes?... Ya entiendo... ¿Pero qué tenemos que ver nosotros con esos diablos armanes, decidme, señor militar?... Nosotros hemos podido salvar estos dos cerdos y la hija y algo de los corrales y a... Bédame.

El aldeano continuó su camino repitiendo:

—¡Los armanes! ¡Los armanes!... ¿Qué les hemos hecho nosotros a esos diablos de armanes?...

Aquella noche se encendieron los fuegos en toda la línea del campo, y alrededor de las buenas marmitas, llenas de carne fresca, se cantó alegremente, como alrededor de los hornos improvisados con tierra y guijarros. Aquello fué para nosotros una hora de espera y de delicioso olvido. Una gran tranquilidad parecía descender del cielo; la luna era de plata y

brillaban todas las estrellas; los campos, que se extendían con suaves ondulaciones de ola, tenían no sé qué tierna dulzura, que nos penetraba en el alma; corría por nuestros miembros doloridos la sangre menos acre y teníamos nuevas fuerzas. Poco a poco se borraba el recuerdo, por lo demás tan próximo, de nuestras desolaciones, de nuestros desfallecimientos, de nuestros martirios y la necesidad de obrar se apoderaba nuevamente de nosotros, al mismo tiempo que se despertaba en todos la conciencia del deber. Una animación inusitada reinaba en el campamento. Cada uno emprendía cualquier ocupación voluntaria. Unos corrían con un tizón en la mano para reanimar los fuegos moribundos, otros soplaban sobre las brasas a fin de avivarlas, o bien mondaban legumbres y cortaban trozos de carne. Algunos camaradas, formando un círculo alrededor de los leños humeantes, se preguntaban con una voz agria: «¿Has visto tú a Bismarck?» La revuelta, hija del hambre, se fundía al hervor de las marmitas y al ruido de las escudillas.

Al día siguiente, cuando el último de nosotros hubo respondido «¡Presente!» al ser llamado por su nombre:

—«¡Formen el círculo, arehen!»—ordenó el teniente.

Y con voz anunciadora, marcando las palabras, saltando sobre las frases, el furriel levó una pomposa «orden del día» del general. En

aquel trozo de literatura militar se decía que un cuerpo del ejército prusiano, hambriento, mal vestido y sin armas, después de haber ocupado a Chartres, avanzaba sobre nosotros a marchas forzadas. Era menester impedirle el paso, rechazarle hasta los muros de París, donde el valiente Ducrot no esperaba, del mismo modo que nosotros, más que salir y acabar de una vez con todos los invasores. El general recordaba las victorias de la Revolución, la expedición a Egipto, Austerlitz, Borodino. Afirmaba que sabríamos mostrarnos dignos de nuestros gloriosos antepasados de Sambre y Meusa. En su consecuencia, daba instrucciones precisas para la defensa del país : establecer una barricada infranqueable sobre la ruta de Chartres delante del cruce ; almenar los muros del cementerio, talar los árboles del bosque, de manera que la caballería enemiga, lo mismo que los infantes, se viesen en la imposibilidad de volver por Senonches, entreteniéndose en las arboledas en vigilar a los espías ; en fin, abrid el ojo y alerta... La patria contaba con nosotros... ¡ Viva la República !

Ese grito quedó sin eco. El tenientillo que se paseaba con las manos a la espalda, mirándose obstinadamente las puntas de las botas, no levantó la cabeza. Nosotros nos miramos, pasmados, con una especie de angustia en el corazón, al saber que los prusianos estaban tan cerca, que la guerra iba a comenzar para nos-

otros al día siguiente, aquel mismo día acaso. Yo tuve la visión súbita de la muerte, de la muerte roja, de pie sobre un carro que arrastraban caballos encabritados, que se precipitaba hacia nosotros hundiendo en nuestras carnes su guadaña. Mientras que la batalla estaba lejos, nosotros la habíamos deseado, primero por entusiasmo patriótico, después por fanfarronada, más tarde por enervamiento, por laxitud, como término a nuestras miserias, en fin. Ahora que se presentaba, la teníamos miedo, temblábamos a su nombre. Instintivamente mis ojos se dirigieron hacia el horizonte, en dirección de Chartres. Y la campiña me parecía contener un misterio terrible, algo desconocido y formidable que prestaba a las cosas aspectos nuevos de lo inexorable. Allá abajo, por encima de la línea azulada de los árboles, creía ver, de pronto, surgir cascos, brillar las bayonetas y aparecer la boca tonante de los cañones. Un campo de labor, completamente rojo bajo el sol, me hizo el efecto de un mar de sangre; los setos se desplegaban, se unían y entrelazaban como un regimiento erizado de armas, de banderas, preparándose para el combate. Los manzanos se alejaban como jinetes arrastrados en la derrota.

—¡Romped el círculo... Archen!—gritó el teniente.

Todos atontados, con los brazos bailando, anduvimos bastante tiempo por la plaza, presos

de un vago malestar, tratando de franquear con el pensamiento aquella temible línea del horizonte, más allá de la cual se cumplía el secreto de nuestro destino. Solos en este inquietante silencio, en esta inmovilidad siniestra, carros y rebaños pasaban por el camino cada vez más numerosos, más precipitados y más anhelantes. Una bandada de cuervos que vino de allá lejos, como negra vanguardia, tocó el cielo, se extendió, giró, se alejó, tornó de nuevo y flotó por encima de nuestras cabezas como un crespón funerario, desapareciendo entre las encinas.

—¿Por fin vamos a ver a esos famosos prusianos?— dijo con voz insegura un gran diablo, pálido y que se daba aires de perro viejo, inclinando su kepis sobre una ceja.

Ninguno respondió y muchos se alejaron. Sin embargo, nuestro cabo se encogió de hombros. Era un hombre pequeño, desvergonzado, con rostro escuálido y lleno de granos.

—¡Oh yo!...—dijo él.

Y explicó su pensamiento con un gesto cínico; sentándose luego sobre el barro, llenó su pipa y la encendió.

—¡Y después... m...—concluyó lanzando una bocanada de humo, que se desvaneció en el aire.

Mientras tanto, una compañía de cazadores se dirigía al cruce de la carretera, a fin de establecer «las barreras infranqueables», y mi compañía penetraba en el bosque con objeto de talar

«cuantos árboles pudiera». Todas las hachas, podaderas y azuelas del país fueron reclamadas con urgencia: se servía uno, no importaba con qué instrumento. Durante toda la jornada retumbaron los golpes y cayeron los árboles. Para excitarnos, el general asistió a la tala.

—¡Ah, cabra!—gritaba a cualquier cosa, sacudiendo las manos. ¡Ah, ah, valientes!... ¡Echádmelos para acá!...

Señalaba al propio tiempo, entre los árboles, los más altos, aquellos que estaban lisos y derechos como las columnas de un templo. Era una locura de criminal destrucción, salvaje, una alegría brutal cada vez que los árboles caían los unos sobre los otros con gran estruendo. La arboleda se aclaraba: se hubiera dicho que había sido segada por una gigantesca hoz. Dos hombres fueron muertos por la caída de una encina.

—¡Valientes!

Los árboles que quedaban en pie, huraños, en medio de los troncos cortados, echados en tierra y de las ramas torcidas que se dirigían hacia ellos, como brazos suplicantes, mostraban grandes heridas, grietas profundas y rojas, por donde lloraba la savia.

El conservador de los bosques, advertido por un guarda, llegó de Senonches, y con una mirada se dió cuenta de la inútil devastación. Yo estaba cerca del general, cuando aquél le abordó respetuosamente, kepis en mano:

—Perdón, mi general—dijo—, habéis cortado

los árboles sobre los bordes de los caminos para hacer barricadas, yo lo comprendo, pero que hayais cortado los del corazón del bosque, eso me parece un poco...

Pero el general le interrumpió:

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué os parece eso?... ¿Quién os mete en esto?... Yo hago lo que me da la gana... ¿Es que manda usted en mí?

—Pero en fin...—balbuceó el encargado.

—No hay más en fin, señor... Ya me fastidiais... Idos inmediatamente a Senonches, u os haré meter en uno... ¡Valientes!...

El general volvió la espalda al pasmado funcionario y partió arrastrando delante de él, con la punta del bastón, algunas hojas secas y trozos de leña.

A su vez, durante nuestras profanaciones en el bosque, los cazadores no se daban punto de reposo, y la barricada se levantaba formidable y alta, cortando el paso delante del cruce. Eso se ejecutó sin dificultad y, sobre todo, sin alegría. Súbitamente detenidos por una trinchera que les impedía la huída, protestaron los aldeanos. Sus carros y sus rebaños se aglomeraban en el camino encallejonado, y en aquel sitio había un ruido indescriptible. Ellos se lamentaban, las mujeres lloraban, mugían las vacas, los soldados se reían de aquellas caras asustadas de los hombres y las bestias, y el capitán que mandaba el destacamento no sabía qué resolución tomar. Muchas veces los solda-

dos hicieron retroceder a los aldeanos a bayonetazo limpio, pero aquellos que lograban pasar, invocaban su cualidad de franceses. Después de haber dado su vuelta por el bosque, el general vino a visitar los trabajos de la barricada. Preguntó qué era lo que querían aquellos «sucios» y qué lo que deseaban. Y se le expuso el caso.

—Está bien—exclamó—. Apresad todos esos carros y almacenadlos sobre la barricada.

Los soldados, felices con estas algaradas, se arrojaron sobre los primeros carros que fueron abandonados, con los que ya contaban, y los hicieron añicos con unos cuantos azadonazos... Entonces se apoderó el pánico de los aldeanos. El escombro llegó a ser tal, que les era imposible avanzar o retroceder. Azotando a sus mulas con furia y tratando de arrastrar sus carros caídos, vociferaban, se empujaban y se injuriaban sin adelantar un paso. Los que llegaron los últimos retrocedieron sobre sus pasos y huyeron al galope de sus caballos excitados por el clamoreo; los otros, viendo que no podían salvar sus carretas y provisiones, tomaron el partido de escalar el talud y de atravesar los campos, lanzando gritos de indignación, perseguidos por las pelotas de barro que les arrojaban los soldados. Se amontonaron los carros destrozados unos sobre otros, se taparon los agujeros con sacos de arena, con colchones, con envoltorios de ropa y

con piedras. En la cúspide de la barricada, un cazador colocó un ramo de novia encontrado en el botín.

Por la noche, bandadas de movilizados llegaron de Chartres, completamente desordenados, y se extendieron por Bellomer y por los campos. Referían cosas espantosas. Los prusianos eran más de cien mil, todo un ejército. Ellos, dos mil apenas, sin caballería y sin cañones, no tuvieron más remedio que replegarse. Chartres ardía; los pueblos de su alrededor humeaban; las granjas habían sido destruídas. El grueso del destacamento francés, que sostenía la retirada, no podía tardar, sin duda. Se interrogaba a los fugitivos, se les preguntaba si habían visto a los prusianos y cómo eran, insistiendo en los detalles sobre sus uniformes. De cuarto en cuarto de hora se presentaban otros movilizados, por grupos de tres o cuatro, pálidos, agotados, rendidos. La mayor parte no traían mochila, algunos ni siquiera fusil, y referían historias más terribles todavía que los otros. Ninguno de ellos estaba herido. Se decidió alojarlos en la iglesia, con gran escándalo del cura, que elevando las manos al cielo exclamaba:

—¡Virgen Santa!... ¡En mi iglesia!... ¡Ah, ah! ¡Los soldados en mi iglesia!...

Hasta entonces, ocupado únicamente en las fantasías de la destrucción, el general no había tenido tiempo de pensar en la defensa del cam-

po, sino por un pequeño puesto establecido a un kilómetro de distancia de Bellomer, sobre el camino de Chartres, en una casucha frecuentada por los carreteros. Este destacamento, mandado por un sargento, no había recibido ninguna instrucción precisa, y los hombres no hacían nada, excepto calentarse, beber y dormir. Sin embargo, el fraccionario, que se paseaba, descuidado, con el fusil a la espalda, delante del albergue, detuvo a un médico del país, tomándolo por espía alemán, a causa de su barba rubia y de sus lentes azules. El sargento, antiguo cazador furtivo de profesión, «se burlaba del tercero y del cuarto» entreteniéndose en poner lazos a los conejos en los setos vecinos.

La llegada de los movilizados y la amenaza de los prusianos, habían sembrado el desorden entre nosotros. De minuto en minuto se sucedían los jinetes portadores de pliegos cerrados, de órdenes y contraórdenes. Los oficiales corrían alocados, sin saber por qué, perdiendo la cabeza. Tres veces se nos mandó levantar el campo y otras tres se nos hizo poner otra vez las tiendas de campaña. Durante toda la noche sonaron las trompetas y los clarines y brillaron grandes hogueras, alrededor de las cuales, con un rumor cada vez más creciente, pasaban y volvían a pasar sombras agitadas, extrañadas, y siluetas demoníacas. Las patrullas exploraban el campo en todas direcciones.

se hundían en los recodos y desaparecían en el bosque. La artillería colocada ya mirando a la población, debía llevarse arriba, sobre lo alto, pero estorbaba para ello la barricada. Para dejarle paso, fué, pues, preciso quitarlo todo pieza por pieza y rehacerlo de nuevo después.

Al despuntar el día, mi compañía salió de vanguardia. Encontramos movilizados y francotiradores tristes que estiraban las piernas lamentablemente. Más lejos, el general, acompañado de su escolta, vigilaba las maniobras de la artillería. Tenía desplegado sobre el cuello de su caballo un mapa del estado mayor y buscaba en vano el molino de Sawsaie. Al inclinarse sobre el mapa, éste por los movimientos de la cabeza del caballo, se movía a cada instante. De pronto, gritó el general :

—¿ Dónde está este pijotero molino?... Pongoin... Courville... ¿ Es que imaginan que yo conozco todos esos malditos molinos?

Después ordenó hacer alto y nos preguntó :

—¿ Hay alguno de vosotros que sea del país?... ¿ Quién de vosotros sabe dónde está el molino de Sawsaie?

Nadie respondió.

—¿ No?... ¡ Y qué diablo importa!...

Arrojó el mapa a un oficial de su escolta, que se puso a doblarlo cuidadosamente. Nosotros continuamos la marcha.

Se instaló la compañía en una granja y yo fuí puesto de centinela, cerca del camino, a la

entrada de un bosquecillo, desde donde descubría la llanura inmensa y rasa como el mar. Aquí y allí pequeños bosques emergían del Océano de tierra, semejantes a las islas. Los campanarios de las aldeas y las granjas se esfumaban por la bruma, tomando el aspecto de cuadros lejanos. Había, en aquella extensión enorme, un gran silencio, una gran soledad, en la que el menor objeto, al moverse, tenía no sé qué misterio que llenaba el alma de angustia. Arriba, puntos negros en el cielo : eran los cuervos ; abajo, otros puntos negros, sobre la tierra, que avanzaban engruesando : eran los movilizados fugitivos ; y de tiempo en tiempo, el ladrar lejano de los perros, que se respondían de Este a Oeste y de Norte a Sur, parecía la queja de los campos desiertos. Los centinelas debían relevarse cada cuatro horas, pero el tiempo corría lento, infinito e inacabable y nadie venía a reemplazarme. Sin duda me habían olvidado. Con el corazón encogido interrogaba el horizonte de los prusianos y el horizonte de los franceses. Yo no veía nada ; nada, sino una línea implacable y dura que trazaba el cielo gris en torno mío. Después de un gran rato, los cuervos cesaron de volar y los movilizados de huir. Por un momento escuché una carreta que se aproximaba, pero torció por otro camino confundiéndose con el gris del terreno. ¿ Por qué me dejarían así tanto tiempo? Tenía hambre y frío. Mi vientre gri-

taba, mis dedos se ponían torpes... Intentaba dar algunos pasos sobre el camino y me contenía. Llamé... y nadie me respondió... Estaba solo, abandonado en aquella llanura vacía... Un escalofrío corrió por mis venas y mis ojos se llenaron de lágrimas... Llamé otra vez... ¡ Nada !... Entonces entré en el bosque, me senté al pie de una encina, puse mi fusil entre las piernas y escuché... ¡ Ah !, el día descendió poco a poco, el cielo amarillo se tiñó ligeramente de púrpura y luego reinó un silencio de muerte. Y cayó la noche sin estrellas y sin luna sobre los campos, mientras una bruma helada se levantaba en la sombra.

III

Desde que habíamos salido, cansado por las fatigas y ocupado siempre en algo, jamás había estado solo ni había tenido tiempo de reflexionar. Así fué como ante los extraños y crueles espectáculos que tenía sin cesar ante mis ojos sentí despertarse en mí la noción de la vida humana, hasta entonces adormecida por el atontamiento de mi infancia y las torpezas de mi juventud. Sí ; aquélla despertaba confusamente, haciéndome salir de una larga y dolorosa pesadilla. Pero la realidad de ahora me parecía aún más espantosa que mis sueños.

Al pasar—del pequeño grupo de hombres errantes que éramos— a toda la sociedad nuestros intentos, las pasiones y los apetitos que nos movían; recordando las visiones tan rápidas y solamente físicas que había tenido en París— viendo las multitudes salvajes empujándose entre sí,— comprendí que la lucha era la ley del mundo, inexorable ley que se funda en el homicidio, y que no se contenta con armar a los pueblos entre sí, lanzándolos unos contra otros, sino que también empuja a la lucha a los hijos de una misma raza, de una misma familia, de un mismo vientre. No recordé ninguna de esas abstracciones sublimes del honor, la justicia, la caridad y la patria, que llenan los libros clásicos, con los cuales nos educan, nos arrullan y nos hipnotizan para engañarnos mejor, para hacernos resignados y pequeños, para subyugarnos más fácilmente y más fácilmente degollarnos. ¿Qué era, pues, esa patria en cuyo nombre se cometían tantas locuras, tantas infamias, y de la que nos habían arrancado, llenos de amor a la naturaleza materna, para arrojarnos repletos de odio, hambrientos y desnudos sobre la tierra madrastra? ¿Qué era, pues, esa patria, que encarnaba para nosotros en aquel general imbécil y bandido que se ensañaba con los ancianos y los árboles seculares; en aquel médico que daba puntapies a los enfermos y maltrataba a las viejecitas madres enlutadas por sus hijos? ¿Qué patria

era esa que a cada paso enseñaba una fosa; donde en un instante el agua tranquila de los ríos se cambiaba en sangre; donde crecían cada vez más profundamente los osarios donde iban a pudrirse los mejores hijos de los hombres? Experimenté un doloroso sentimiento de estupor, pensando todo esto por primera vez, viendo que sólo eran los más gloriosos y más aclamados los que habían robado más, matado más, e incendiado más, hombres y cosas. Se condena a muerte al asesino tímido que acuchilla al transeunte al doblar una esquina y se arroja su cuerpo decapitado a un infamado sepulcro. Pero ante el conquistador que ha quemado las aldeas y diezmado a los pueblos, toda la locura y la cobardía humanas se coaligan para levantar sobre el pavés monstruoso, en honor suyo, arcos de triunfo y columnas de bronce; y en las catedrales se arrodillan las multitudes alrededor de su tumba de mármol, bendecida, guardada por los ángeles y los santos bajo el ojo encantado de Dios. ¡Qué remordimientos me asaltaron de pronto, por haber pasado hasta entonces ciego y sordo por una vida preñada de enigmas inexplicables!...

Jamás había abierto un libro; jamás me había detenido un instante ante esos signos de interrogación que son las cosas y los seres. No sabía nada. Y he aquí que, de pronto, la curiosidad de saber, el deseo de arrancar a la vida alguno de sus m[illegible]e atormentaba. Que-

ría conocer la razón humana de las religiones que embrutecen, de los gobiernos que oprimen, de las sociedades que matan; sentía que no acabase esta guerra para poder entonces consagrarme a esos trabajos ardientes, a esos magníficos y admirables apostolados. Iba mi pensamiento hacia quizá imposibles filosofías del amor, hacia locuras de inextinguible fraternidad. Veía a todos los hombres inclinados bajo pesos aplastantes, parecidos al armado San Miguel, con los ojos llorosos, tosiendo y escupiendo sangre, y sin comprender la necesidad de las leyes superiores de la naturaleza. Una ternura infinita me subía a la garganta en comprimidos sollozos. Observé que nunca se enternece uno tanto por los demás como cuando se es desgraciado. ¿No era de mí mismo de quien me apiadaba? En aquella noche tan fría, tan cerca del enemigo que aparecería quizá entre las brumas de la madrugada, amando tanto a la humanidad, ¿no era a mí solo a quien amaba y a quien hubiera querido substraer al sufrimiento? Las tristezas del pasado, los proyectos del porvenir, aquella pasión súbita por el estudio, aquella obstinación que me llevaba a representarme más tarde, en mi cuarto de la calle Oudinot, en medio de mis libros y papeles, con los ojos encendidos por la fiebre del trabajo, ¿no eran para separarme de las amenazas de aquellos instantes, para apartarme de las imágenes terribles—imágenes de muer-

te— que sin cesar se me aparecían lívidas en medio del horror de las tinieblas?

La noche se deslizaba impenetrable. Bajo el cielo, que los cubría con un aspecto avaro y odioso, se extendían los campos, como un mar vastísimo de sombra muy lejana. Vagas blancuras de largos rastros de bruma flotaban por encima, en la altura, en lo lejano invisible, y allí donde había grupos de árboles, que parecían más negros aquella noche. Yo no me moví en mucho tiempo del lugar donde estaba sentado; el frío entorpecía mis miembros y me cortaba los labios. Me levanté penosamente y escudriñé el bosque. Mis propios pasos sobre el suelo me asustaron; me pareció que alguien iba siempre detrás de mí. Avanzaba con cautela, de puntillas, como si hubiera temido despertar a la tierra de su sueño; escuchaba y trataba de ver en la obscuridad, porque no había perdido la esperanza, a pesar de todo, de que viniesen a relevarme. Ni un ruido, ni un soplo, ni un aliento, ni una sombra percibía en aquella obscuridad silenciosa. Dos veces, sin embargo, creí oir claramente un ruido de pasos, y el corazón me latió con violencia... Pero el ruido pareció alejarse, disminuirse poco a poco, cesar; y reinó de nuevo el silencio más pesado, más terrible y más desesperado... La rama de un árbol me azotó el rostro y retrocedí con miedo. Otra vez, una elevación del terreno me produjo el efecto de un hombre

que, inclinando el cuerpo, se me acercaba; entonces cargué el fusil... La visión de un arado abandonado, cuyas manceras se dirigían al Cielo como los cuernos amenazadores de un monstruo, me cortó la respiración y me hizo caer en tierra... Tenía miedo de la sombra, del silencio, de cualquier objeto que sobrepasara la línea del horizonte y que mi imaginación exaltada animaba con un movimiento siniestro de vida...

A pesar del frío, el sudor me corría en gruesas gotas por la piel. Tuve idea de abandonar mi puesto, de volver a la granja, persuadiéndome a mí mismo, por ingeniosos y cobardes razonamientos, de que los compañeros me habían olvidado y que se alegrarían de verme. Evidentemente, puesto que no se me había relevado de la guardia ni había visto pasar ninguna ronda oficial, es que se habían marchado. Pero, si por casualidad me equivocaba, ¿cómo me recibirían entonces? Pensaba ir a la granja, donde estaba apostada mi compañía desde la madrugada anterior. ¿Con qué disculpa? ¿A pedirles noticias? Lo meditaba... Pero en mi trastorno había perdido el sentido de la orientación y me encontraba indefectiblemente extraviado en aquella llanura tan inmensa como obscura. Entonces, un abominable pensamiento asaltó mi espíritu. Sí; ¿por qué no dispararme un tiro en un brazo y huir en seguida, sangrando, herido, a contar que había

sido atacado por los prusianos? Hice un esfuerzo violento sobre mí mismo para recobrar la razón, que escapaba, y procuré reunir todo lo que había en mí de fuerza moral a fin de substraerme a aquella cobarde y odiosa sugestión, a aquella maldita borrachera de miedo, y me obstiné en encontrar en mí recuerdos de otros tiempos, en evocar dulces y sonrientes imágenes de perfume embalsamado y alas blancas. Imágenes y recuerdos me llegaron como un sueño penoso, deformadas, incompletas, alucinadas, mezcladas. La Virgen de San Miguel, con sus carnes de rosa y su manto azul, constelado de estrellas, la veía impúdica, prostituyéndose sobre un lecho de miseria con soldados ebrios; los rincones preferidos del bosque de Tourouvre, tan tranquilos, donde yo gustaba tanto de estar horas enteras tendido sobre la hierba, se desfiguraban y trastocaban blandiendo sobre mi sus árboles gigantes; luego, en el aire se cruzaban los obuses, representando caras conocidas que se reían, con una risa de burla y de sarcasmo. Uno de aquellos proyectiles desplegó de pronto sus grandes alas color de fuego y empezó a circular en torno mío. Yo di un grito... ¡Señor!, iba a volverme loco. Debía estar más pálido que un cadáver. Me palpé la garganta, el pecho, los riñones y las piernas. Sentí frío, y como si del corazón al cerebro me subiese una barrena de acero. «¡Vamos, vamos!» me dije

en voz alta para asegurarme de que no soñaba, de que existía... «¡ Vamos, vamos !» Vacié de dos sorbos el resto del aguardiente que tenía en mi cantimplora, y eché a andar de prisa, aplastando los terrones de barro seco bajo mis pies, con energía, silbando una canción de soldado que entonábamos a coro, para engañar lo largo de las marchas. Entonces pensé en mi padre. ¡ Tan solo en La Priora ! Hacía cerca de tres semanas que no había recibido carta suya. ¡ Ah, qué triste y afligida era la última ! El no se lamentaba de nada, pero se sentía en ella un descorazonamiento profundo, un cansancio enorme de estar en aquella casa vacía y un gran terror por saberme errante, con la mochila al hombro, expuesto a la suerte de los combates... ¡ Pobre padre ! No había sido feliz con mi madre, enferma, siempre irritada, que no le amaba ni podía soportar su presencia cerca de ella. Y jamás opuso a los gestos airados de ella, terribles y duros, una respuesta colérica, una palabra de reproche. Se encogía un poco, y como un buen perro se marchaba. ¡ Cómo me arrepentía de no haberle amado bastante ! Quizá no me había educado como debía. Pero ¡ qué importa ! ¡ Había hecho cuanto le fué posible !

El mismo no tenía experiencia de la vida : sin fuerza contra el mal, era de una bondad tímida y perezosa. Y a medida que se presentaban ante mí las facciones de mi padre hasta

en sus más pequeños detalles, el rostro de mi madre se obscurecía, se borraba, y no podía recordar sus contornos, que fueron por mí tan queridos. En aquel momento, todas las ternuras que yo había tenido para mi madre las hacía recaer sobre mi padre. Me acordé, conmovido, del día de la muerte de mi madre, cuando tomándome sobre sus rodillas, me dijo mi padre: «Eso es quizá lo mejor.» Y comprendí entonces todo lo que encerraba aquella frase, llena de dolores del pasado y de temores del porvenir. Era por ella por quien lo decía, por mí también, que tanto me parecía a mi madre, y no por él, hombre desgraciado, que se resignaba a sufrirlo todo. Después, en tres años, envejeció mucho y se encorvó un poco; su rostro, saludable y con vivos colores, palideció y se llenó de arrugas; sus cabellos se volvieron casi todos blancos. Ya no acechaba a los pájaros del parque; dejaba a los gatos afilarse las uñas en las lianas y jugar con el agua de la fuente, y apenas si se interesaba en sus estudios, cuya dirección dejaba al cura, persona de su confianza, y a quien estimaba. No se ocupaba tampoco de sus pequeños asuntos locales, parte otros días de su ambición. No era posible hacerle salir o moverse de su sillón, que hizo bajar a la cocina para no estar solo, sin que María, llevándole el bastón y el sombrero, le dijese:

—Vamos, señor, es preciso moverse un poco. Está usted siempre en ese rincón...

—Bien, bien, María ; voy a ir... Iré a la orilla del río si tú quieres.

—No, señor ; es al bosque donde es preciso que vaya usted. El aire es lo que le conviene.

—Bueno, María, iré al bosque.

A veces, viéndole amodorrado, soñoliento, dándole palmadas en la espalda, le decía :

—¿Por qué no cogéis vuestra escopeta, señor? Precisamente hay unos pinzones en el parque...

Mi padre la miraba con un aire de reproche, y murmuraba :

—¡Pinzones!... ¡Pobrecillos!

¿Por qué no me escribiría más mi padre? ¿No le llegarían mis cartas? Me reproché el haber puesto demasiada sequedad en ellas, y me prometí escribirle en cuanto pudiese una carta larga, afectuosa y tierna en la que yo derramaría todo mi corazón.

El cielo se aclaraba lentamente ; allá abajo, el horizonte se destacaba ya con precisión, con un resplandor azulado. Era todavía de noche, y los campos estaban aún obscuros, pero se adivinaba la proximidad del alba. El frío era más punzante ; la tierra crujía bajo mis pies, y la humedad cristalizaba en las ramas de los árboles. Poco a poco el cielo se iluminaba con una ráfaga de oro pálido que iba en aumento. Con lentitud iban surgiendo formas de las sombras, algo inciertas y nebulosas todavía. El negro opaco de la llanura se tornaba en un co-

lor violado, con claridades que aumentaban por momentos. De pronto oí un ruido, débil desde luego, como el redoble lejano de un tambor. Escuché; el corazón me latía con una fuerza inusitada. El ruido cesó por un instante, o se confundió con el canto de los gallos, que saludaban al nuevo día. Al cabo de diez minutos volví a oir el ruido, pero ya más fuerte, más claro, como si se aproximase. ¡ Pataplá, pataplá ! Era el galopar de un caballo en la carretera de Chartres. Instintivamente me eché la mochila al hombro y procuré cerciorarme de si mi fusil estaba cargado. Me encontraba profundamente conmovido; las venas de mis sienes latían con fuerza. ¡ Pataplá, pataplá ! Aquello debía estar muy cerca de mí, porque yo casi percibía los resoplidos del caballo y los tintineos de los aceros... ¡ Pataplá, pataplá ! Apenas había tenido tiempo para acurrucarme detrás de la encina, cuando a unos veinte pasos de mí, sobre la carretera, vi una gran sombra derecha, paralizada, como una estatua ecuestre de bronce. Y aquella sombra, que se erguía por completo, enorme en medio de la luz de un cielo oriental, era terrible.

El hombre me pareció sobrehumano, agrandado desmesuradamente bajo el cielo. Llevaba el casco plano de los prusianos y una gran capa negra, bajo la cual se ocultaba un pecho fuerte y redondo. ¿ Era un oficial o un soldado ? No lo sabía, porque no distinguía ninguna

insignia sobre la sombra del uniforme. Los rasgos, primeramente indecisos, se iban precisando. Tenía los ojos claros, límpidos ; la barba rubia y un continente de pujante juventud ; respiraba su rostro fuerza y bondad, y tenía no sé qué de noble y audazmente triste que me sorprendía. Con la mano apoyada sobre un muslo, miraba la campiña que tenía ante sí. El caballo, de cuando en cuando, arañaba el suelo con sus cascos y resoplaba dilatando las narices, arrojando humaredas de vapor. Evidentemente, aquel prusiano estaba allí explorando ; venía a darse cuenta de nuestras posiciones, del estado del terreno, y todo un gran ejército, sin duda, debía venir detrás de él, y esperaría alguna señal suya para precipitarse sobre el campo en que mis compañeros debían estar. Bien oculto tras mi árbol, inmóvil, con el fusil preparado, le examinaba. Era verdaderamente guapo ; estaba pleno de vida. ¡ Qué lástima ! El hombre miraba atentamente el campo, y yo creo que más con ojos de poeta que con ojos de soldado. Sorprendí una emoción en aquellos ojos. Quizá se olvidaba del motivo por que estaba allí, y se dejaba ganar por la belleza de aquel amanecer juvenil, virginal y triunfante. Los campos, con la llegada del día, se despertaban, se descubrían, saliendo uno tras otro de sus velos de vapor rosa y azul, que flotaban como grandes columnas, dulcemente agitadas por manos invisibles. Y

de ese rosa y ese azul se destacaban los árboles escarchados, y las casitas, y el palomar de una granja, cuyas tejas nuevas comenzaban a brillar sobre el cono blanquecino, bajo la luz púrpura del Oriente... Sí : aquel hombre, guiado por las ideas de matanza, se había detenido, conmovido y piadosamente emocionado, ante los esplendores del renacer de la luz, y su alma, por unos momentos, estaba dominada por el Amor.

—Es un poeta ; quizá un artista—me dije a mí mismo— ; es bueno, puesto que se enternece.

Y, fijo en su rostro, seguía una por una todas las sensaciones que le animaban, todos los estremecimientos, todos los delicados y emocionantes reflejos de su corazón conmovido y encantado. Ya no me asustaba. Al contrario, algo como un vértigo me llevaba hacia él, y hube de subir a mi árbol para no estar tan cerca de aquel hombre. Yo hubiera deseado hablarle ; decirle que hacía bien en contemplar así el cielo y que yo amaba esos éxtasis. Su rostro se obscureció, y sus ojos se velaron melancólicamente. ¡ Ah, el horizonte que abarcaba estaba tan lejos, tan lejos, tan lejos... y más allá de aquél, otro, otro y otro todavía !... Tendría que conquistar todo aquello. ¡ Cuándo acabaría de una vez de llevar su caballo por aquellas tierras abandonadas, de abrirse paso a través de ruinas de cosas, y de muerte de

hombres ; de matar siempre y de ser siempre maldecido! Luego, pensaba, sin duda, en lo que había dejado : en su casa, llena por las risas de los niños, y de su mujer, que le aguardaba rezando a Dios. ¿Los volvería a ver? Estoy seguro de que en aquel mismo momento evocaba los detalles más insignificantes, las cosas más deliciosamente infantiles de su existencia en su país... ; una rosa cogida un día después de comer, y que había ornado la cabellera de su esposa ; el vestido que ella llevaba cuando él partió ; un lazo blanco del sombrero de su hija menor ; un caballo de madera, un árbol, un recodo del río, un cortapapeles... Todos los recuerdos de sus benditas alegrías se le presentaban entonces y, con esa pujanza y potencia visual que tienen los desterrados, abarcaba con una sola mirada, descorazonado, nostálgico, todo aquello por lo cual hasta entonces había sido dichoso. El sol salía, lamiendo aún la llanura, lejos, muy lejos del horizonte. Yo tenía lástima de aquel hombre ; yo le amaba ; sí, os lo juro : ¡le amaba! ¿Entonces, cómo ocurrió el hecho? Estalló una detonación, y al mismo tiempo entreví en el aire, entre una masa de humo, un avance, el flotar de un capote y unas crines enmarañadas que volaban hacia el camino... después, nada ; oí el rodar de un sable y el caer de un cuerpo pesado, mientras galopaba un caballo... ¡Nada!... Mi arma estaba ardiendo y humeaba

todavía ; la dejé caer en tierra. ¿Era yo juguete de una alucinación? ¡Ah, no! De aquella gran sombra que se erguía en medio de la carretera como una estatua de bronce, no quedaba más que un cadáver ennegrecido, caído de bruces contra el suelo, con los brazos en cruz. Me acordé del pobre gato que había matado mi padre una vez porque el animal con ojos fascinadares, perseguía en el espacio el vuelo de una mariposa. Yo, estúpida e inconscientemente, había matado a un hombre, a un hombre que amaba, a un hombre que acababa de confundir en mi alma : ¡A un hombre que, al desperezarse el sol naciente, despertaba en sí mismo los más puros sueños de su vida! Lo había matado quizá en el preciso instante en que se decía acaso : «Y cuando yo regrese a mi país...» ¿Cómo? ¿Por qué? Yo, que le amaba ; yo, que si los soldados le hubiesen amenazado le habría defendido de ellos, yo mismo le había asesinado. En dos saltos me acerqué a él ; le llamé ; pero no se movía... Mi bala le había atravesado la cabeza por debajo del oído, y la sangre le corría, saliendo de alguna vena rota, con un ruido de glu-glu, y, extendiéndose, roja, le cubría ya todo el rostro.

Con las manos temblorosas le sacudí un poco, le oscilé la cabeza, que cayó en seguida, inerte y pesada. Le palpé el pecho para ver si le latía el corazón ; pero el corazón no latía...

Entonces le incliné un poco y, tomando su cabeza entre mis rodillas, vi sus ojos, dos ojos claros que me miraban tristemente, sin odio, sin reproches. Aquellos dos ojos me parecían vivos. Creí desfallecer; pero recogiendo todas mis fuerzas, con un supremo esfuerzo, cogí el cadáver del prusiano, lo puse en pie delante de mí y, poniendo mis labios sobre su ensangrentado rostro, del que caían gotas de púrpura, le abracé extraviado.

A partir de ese momento, no me acuerdo de nada. Vuelvo a ver el humo, las llanuras solitarias y las ruinas que ardían sin cesar; las huídas tristes; las marchas alucinadas en la noche. Recuerdo los empujones en los cruces de los caminos, escombrados con los furgones de los municionarios, donde los dragones, con los sables en el aire, echaban sus caballos sobre nosotros y trataban de abrirse paso a través de los carros; recuerdo las carretas fúnebres atestadas de cadáveres de jóvenes que enterrábamos al amanecer en la tierra yerta, pensando que al día siguiente nos tocaría a nosotros; recuerdo, cerca de los cañones destrozados por los obuses, los grandes esqueletos de los caballos, rígidos, mondados, sobre los cuales de noche nos encarnizaríamos bajo nuestras tiendas, disputándonos sus restos como lobos hambrientos... Y recuerdo al médico con su ropa manchada de sangre y la pipa entre los dientes, desarticulando sobre la me-

sa de una granja, a la luz humosa de un candil, el pie de un soldado, trincado como una bestia...

EL VOLUNTARIO BALOREC

La víspera se había librado un combate en los alrededores de Marchenoir, pequeño pueblo del Loir-et-Cher. La acción había quedado indecisa y las tropas durante la tarde acamparon en las mismas posiciones. Al amanecer del día siguiente, en la gran llanura desolada y sombría, ardían aún dos fincas incendiadas por la artillería. Eran las cinco cuando sonó la diana. La noche había sido ruda : los soldados no habían podido dormir, medio helados de frío bajo sus tiendas sin paja, medio muertos de hambre también, careciendo de víveres, porque la intendencia había recibido la orden de batirse en retirada en el momento preciso de la distribución, por temor de una derrota más completa. Las tiendas se empaquetaron ; se requirieron las mochilas : algunos fuegos brillaron y a su alrededor negras siluetas humanas se aproximaron encogidas y temblorosas. Aquí y allá las bayonetas de los fusiles en pabellones despedían resplandores feroces, y los toques de corneta, repitiéndose, eran los

únicos que interrumpían el fúnebre silencio del campamento.

Sebastián había pasado una parte de la noche de centinela delante de los pabellones. Estaba rendido de fatiga, tiritaba de frío y sus párpados le picaban vivamente, como si los tuviese humedecidos por un ácido. La víspera, por primera vez, había asistido a un pequeño encuentro de guerrillas. Había cumplido su palabra, no disparando un solo tiro. Además, ¿sobre qué o sobre quién había de haber tirado? No había visto más que una nube de humo; marchaba con la cabeza baja, inclinándose bajo la lluvia de balas que silbaban a su alrededor, con el corazón encogido por un miedo inmenso. Le hubiera sido difícil resumir y explicar sus impresiones. En realidad no se acordaba de nada más que de aquel humo y de aquel miedo, un miedo extraño que no era el de la muerte, sino algo más terrible. Ya no razonaba; vivía mecánicamente, arrastrado por una fuerza desconocida, por una obediencia ciega que había substituído a su inteligencia, a su sensibilidad, a su voluntad. Agobiado por las fatigas y las frecuentes privaciones, ganado bien pronto por el ambiente de desmoralización, marchaba hacia adelante, en una especie de obscuridad moral, en una noche intelectual, sin conocer su propio pensamiento, sin acordarse que detrás de él quedaban allá abajo amigos, una familia, un pasado... En

vano trató de aproximarse al fuego rodeado por diez filas de hombres, cuyas caras, escuálidas y fatigadas, se iluminaban siniestramente con el tembloroso reflejo de las llamas. Se le rechazó duramente, y en vista de ello, tomó el partido de marchar rápidamente, de correr, para reaccionarse, dando fuertes patadas contra la tierra endurecida y sonora. La noche era sombría ; los encendidos escombros de dos fincas, al extinguirse, brillaban tristemente en las tinieblas, y sobre las colinas lejanas, por encima de la negra llanura, pequeños puntos luminosos, semejantes a titilantes estrellas, indicaban el campo enemigo. Las cornetas seguían tocando y cada nota de ellas le hacía estremecerse y detenerse un instante : y un momento después reanudaba su carrera, con la piel tirante, mordido por el frío, bajo su blusa de lana delgada y rota. De cuando en cuando oía con un indecible temblor de todo su ser pasar cerca de él en la obscuridad y alejarse por la llanura algún pelotón de tropa ; entonces pensaba que pronto le llegaría su turno. Un compañero vino a reunírsele y se puso a seguirle en su carrera.

—¡ Está la cosa que arde !... Hoy habrá leña de firme—dijo.

Sebastián no respondió. Después de un instante de silencio, su compañero repitió :

—¿ Sabes que Gautier no ha contestado en la lista ?

—¿ Lo han matado? — preguntó Sebastián con indiferencia.

—¡ Puá!... ¡ Ha despejado el campo el infeliz!

—¡ Ya hacía mucho tiempo que él me lo había dicho!

—¡ Cuándo concluirá esta cochina guerra!

Los dos hombres lanzaron un suspiro y callaron.

El día tardaba en llegar. Empezó a despejarse la llanura, obscura y estéril, dura y monótona como un campo de maniobras. Los jinetes galopaban inclinados sobre el arzón, con la carabina sobre el muslo y las capas flotando; negras y profundas masas de infantería evolucionaban avanzando; una batería se dirigía hacia un montecillo cubierto a la derecha, y sobre el suelo endurecido por la helada producía un ruido metálico, un estrépito de planchas de hierro que se entrechocaban... Las colinas permanecían aún sumidas en una sombra inquietante, llena del misterio de aquel ejército invisible que pronto descendería a la llanura llevando consigo la muerte; sobre esta llanura el cielo, completamente gris, de un gris uniforme y plomizo, anunciaba nieve. Algunos copos volaban en el espacio. De cuando en cuando, algunos disparos, diseminados en la inmensa extensión del llano, estallaban secos, muy lejos, como chasquidos de látigo.

—¡ Esto va a arder hoy !...—repitió el compañero, muy pálido.

Sebastián se extrañó de no haber visto a Balorec, a quien había abandonado la víspera antes del encuentro. Su batallón acampaba cerca del suyo, y desde que habían salido juntos de Mans, tenían la costumbre de verse todas las tardes, salvo los días de gran guardia y de servicio de provisiones. Balorec era el único que le reconciliaba con la vida. Por él tenía aún conciencia de su ser real, sensible y pensante. ¿ Qué era de él sin Balorec ?

Después de tres días de marcha forzada, al llegar a Mans, que rebosaba de tropas desbandadas y errantes, la primera cara conocida que había encontrado Sebastián era la de Balorec. ¡ Balorec, voluntario ! Era él, parado ante el escaparate de una librería contemplando los dibujos de los periódicos ilustrados.

—¡ Balorec ! — había gritado, delirante de alegría.

Balorec se había vuelto, había reconocido a Sebastián, que, para hacerse visible, agitaba en el aire su fusil. Por entre las filas vino a colocarse a su lado. Conmovido, Sebastián no pudo balbucear más que algunas palabras :

—¡ Cómo ! ¿ Eres tú, Balorec ?... ¿ eres tú ?

Y Balorec, moviéndose torpemente dentro de su capote de voluntario bretón, sonreía con aquella enigmática y gesticulante sonrisa de siempre. Al contemplar a su amigo, que mar-

chaba cerca de él, en fila, recordaba con alegría aquellos paseos en el colegio que le habían hecho tan feliz.

—¿Te acuerdas, Balorec?—le decía—. ¿Te acuerdas cuando modelabas... cuando me cantabas canciones bretonas?... ¿Te acuerdas?

—¡Sí, sí!—decía Balorec, tratando de llevar el paso.

No había cambiado en nada... Apenas si había crecido. Torpe como siempre, con el pelo crespo, las mejillas redondas y abotargadas, completamente imberbes, marchaba con las piernas desnudas con su paso zambo y desigual.

—¿Cómo estás aquí?

—Llegamos del campo de Toulic... Hemos dejado muchos muertos...

—¿Te has batido ya?

—¡Ca!... la fiebre... el hambre... ¡Han muerto muchos!... ¡Muchos de mi pueblo... amigos! ¡Esto no es justo!...

—¿Por qué no me has escrito, Balorec?

—Porque...

Habían llegado así hasta Pontlieu, un caserío de Mans, donde se había establecido un campamento sobre la orilla izquierda del Sarthe.

—¡Yo me quedo aquí también!—dijo Balorec.

¡Y qué alegría al día siguiente, cuando supieron que formaba parte de la misma briga-

da! A partir de este momento, ya no se separarían mucho. Durante su estancia junto al Mans, saldrían juntos y recorrerían la ciudad. Durante las marchas se reunirían en los altos, en las etapas. Por la tarde, y con mucha frecuencia, Balorec venía a deslizarse bajo la tienda de Sebastián y le llevaba rajas de salchichón, pan blanco, que robaba no se sabe dónde. Y así permanecían todo el tiempo que podían, uno cerca del otro, hablando rara vez, pero sintiéndose unidos por intensa ternura, por lazos de sufrimiento y de misterio, lazos indisolubles y potentes. Algunas veces Sebastián interrogaba a Balorec:

—¿Qué haces en París? ¿A qué te dedicas, por fin?

—¡Me dedico... me dedico a... ya lo verás!

Y permanecía impenetrable, misterioso, no respondiendo más que por gestos proféticos, por alusiones vagas e incompletas a cosas que Sebastián no podía comprender.

—¿Y la guerra?... ¿No tienes miedo,—volvía a preguntarle.

—¡No!... ¡La detesto porque no es justa, pero no he sentido miedo jamás!

—¿Y si te mataran, Balorec?

—¿Y qué?... Muerto quedaría.

—¿Y si me mataran a mí, Balorec?

—¡Pues... quedarías muerto también!

—Dime, pues, cuál es la cosa más grande.

Los ojos de Balorec se inflamaban y acabó

por decir, por balbucear con voz pastosa, haciendo una porción de gestos raros que le transformaban horriblemente :

—Es... es... ¡es la justicia!... Ya verás... ya verás...

Mientras corría, Sebastián evocaba todos estos recuerdos y otros más lejanos, inquietándose de no haber vuelto a ver a Balorec desde la víspera. De repente, un toque de corneta que le era muy conocido le hizo estremecer. Los soldados dejaron sus sitios con sentimiento, y él mismo, poseído de angustia, marchó a reunirse con su compañía, que bien pronto se dirigía al montecillo cubierto, a la derecha del cual los artilleros colocaban las piezas en batería. Allí estaban ya los voluntarios cavando la tierra, más dura que el granito, construyendo espaldones para proteger las piezas. Sebastián se dió por muy feliz al encontrarse allí con Balorec, que, provisto de una pala, se descrismaba en vano contra el suelo helado. Se le dió un pico, y habiéndose mezclado las dos compañías, vino a colocarse al lado de Balorec, frente a las negras fauces de los cañones, mudas aún y siniestras. El capitán paseaba entre los soldados, fumando su pipa con aire preocupado. No parecía estar alegre, convencido como debía hallarse de que toda resistencia era inútil. De cuando en cuando observaba con sus gemelos de campaña los movimientos de las tropas enemigas y bajaba la cabeza. Era un

hombre pequeño, grueso, barrigudo, de cara jovial, y cuyos bigotes grises, cortados al rape, parecían un cepillo. Adoraba a su caballo blanco, pequeño como él, de sólidos riñones, que un ordenanza tenía del diestro, cerca de un cajón. De vez en cuando se acercaba a él, dándole unas palmadas cariñosas, como para prestarle resignación. Era paternal con sus soldados; hablaba con ellos, compadecido sin duda de todas aquellas pobres existencias sacrificadas por nada.

—Vamos, hijos míos, daos prisa—les decía.

Pero el trabajo no adelantaba a causa de la dureza de la tierra, contra la cual se embotaban las puntas de los zapapicos. Sobre las ondulaciones en que acampaba el enemigo, desembarazadas del velo de bruma que las envolvía, se notaba ya un pululamiento de hormiguero; una acumulación de insectos extraños y negros cubría las pendientes lejanas con sus masas profundas, convirtiendo el horizonte en una casa movible y viviente que avanzaba. En la llanura los regimientos continuaban evolucionando: semejantes a pequeñas hileras marchando de una a otra parte; galopaban jinetes y escoltas de generales, que se reconocían por las banderolas que flotaban en el ambiente especial de aquel cielo ambiguo, pesado, de una lividez trágica.

Y mientras los hombres trabajaban, encorvados, una carreta que llegaba de la llanura,

conducida por una ambulancia, se detuvo cerca de Sebastián y de Balorec. El conductor pidió fuego para encender su pipa, que se había apagado, y aguardiente, porque en su cantimplora no quedaba ya una gota. Sebastián le alargó la suya. La carreta estaba llena de muertos : era un lúgubre caos de miembros rígidos y retorcidos, de brazos rotos, de piernas colgando, entre las cuales aparecían caras tumefactas, embadurnadas de sangre negruzca y coagulada. En lo alto, un cadáver tendido sobre la espalda con los ojos desmesuradamente abiertos, vestido con el uniforme gris de los zuavos pontificios, blandía un brazo rígido y recto como el asta de una bandera. Sebastián palideció. Acababa de reconocer a Guy de Kerdaniel. Su cara tranquila, un poco más pálida que de costumbre, con la barba rubia salpicada de escarcha y manchada de tierra, conservaba la gracia insolente y enfermiza que le caracterizaba.

Se veía que Guy había sido muerto instantáneamente por un balazo en el cuello. El proyectil había arrastrado tras de sí un trozo de corbata que tapaba la herida, de bordes sonrosados. Sebastián experimentó una gran compasión. Olvidó en un instante lo que en otro tiempo había sufrido por Guy de Kerdaniel y se descubrió piadosamente, respetuosamente, delante de aquel cadáver rígido que hubiera deseado abrazar. Balorec contemplaba

asimismo al muerto con mirada tranquila y fría.

—¿Lo reconoces?—le preguntó Sebastián.

—Sí... sí...—contestó Balorec.

—¡Pobre Guy!—murmuró Sebastián suspirando y sintiendo afluir las lágrimas a sus ojos—. ¡Pobre Guy!

Entonces Balorec le asió del brazo con viveza y le mostró a los voluntarios asustados, que trabajaban. Aquellos eran hijos de aldeanos, de labradores y de miserables.

—¿Qué dices a esto? ¡Míralos! ¿Es justo? ¿Cuántos no habrán muerto dentro de poco?... ¿Y él?...

Y volviéndose a la carreta, que se alejaba dando tumbos sobre los guijarros:

—¡El!... ¡un rico!... ¡un noble... un malvado!... Eso es justo, sí. En fin, cavemos...

Y se puso a cavar. A lo lejos, con intervalos, se oía el chasquido de los disparos.

Durante este tiempo un ayudante de órdenes había llegado a rienda suelta hasta la batería. Bajó del caballo y conversó unos minutos con el capitán, que poco a poco se animaba, haciendo gestos coléricos; después requirió su caballo blanco y desapareció al galope. Era un hombre joven, delicado y bonito como una mujer, con medias botas amarillas, guantes de piel de perro y el talle apretado por un dolmán, guarnecido de confortable astracán. Se acercó a las piezas y pareció interesarse

mucho en la maniobra. El teniente le acompañaba.

—¿Es decir, que no puedo disparar un cañonazo?—le preguntó.

—Si tantas ganas tiene, no se prive de ello...

—¡Gracias! Estaría gracioso que disparase un obús allá abajo, en medio de los prusianos... ¿Verdad que tendría gracia?

Y se rieron ambos discretamente. El joven apuntó la pieza y dió la voz de fuego. El obús se perdió en la llanura, donde estalló a quinientos metros de los prusianos.

Aquella fué la señal de combate.

El horizonte se encendió repentinamente, envolviéndose en una nube de humo, y una por una, cinco bombas de obús cayeron en medio de los voluntarios que trabajaban. El ayudante de órdenes corría a galope tendido, inclinado sobre el cuello del caballo. Los soldados se echaron al suelo y la batería siguió retumbando sin descanso, estremeciendo la tierra con su voz tonante. Sebastián y Balorec, juntos, tendidos boca abajo, no distinguían nada; nada más que inmensas columnas de vapor que aumentaban, llenaban la atmósfera surcada por el paso continuo de bombas y granadas. En la llanura las tropas, diseminadas, empezaban el fuego de fusil.

—¿Oye?... Dime—interrogó Balorec.

Sebastián no respondió.

Detrás de ellos, a pesar de los sacudimientos

y de las estridentes detonaciones, oían el clamor de las voces, los toques de corneta, el galope, el rodar de pesados vehículos.

—¿Oye?... Dime—repitió Balorec.

Sebastián no respondió.

Entonces Balorec se puso en pie, se volvió un instante y, como a través de un sueño doloroso, vió la batería tras de una roja cortina de fuego en medio de la cual iba y venía el capitán derecho sobre su caballo, blandiendo su sable al mandar y alrededor de la cual se agitaban los soldados ennegrecidos. Un hombre cayó; un caballo se desplomó; luego otro... Balorec volvió a acostarse junto a Sebastián.

—¿Oye?... Dime... Voy a contarte algo... ¿Me escuchas?

—¡Sí, te escucho! — murmuró Sebastián con voz débil y temblorosa.

Balorec, con mucha calma, empezó:

—Mi capitán era de mi pueblo... ¿Tú lo conocías, verdad? Uno chiquito, moreno, casi negro, regordete, nervioso, insolente... Era de mi país... Un noble altanero, poco caritativo, que expulsaba a los pobres de su castillo, prohibiéndoles pasear los domingos por sus bosques... Yo tenía permiso para ir, a causa de que papá era del mismo partido... pero no iba porque le detestaba... Se llamaba el conde del Laric... ¿Me oyes?...

Sebastián murmuró en voz más baja todavía:

—Sí, te oigo.

Balorec se incorporó un poco sobre ambos codos y apoyó su cara entre las palmas de las manos:

—Hace tres semanas—prosiguió—íbamos de marcha... El pequeño Leguen, hijo de un obrero de mi pueblo, fatigado y enfermo, no podía continuar la marcha... Entonces el capitán le dijo: «Adelante.» Leguen respondió: «Estoy enfermo.» El capitán empezó a insultarle: «Eres un maula indecente»; y le dió dos tremendos puñetazos en la espalda... Leguen cayó... Yo estaba allí; nada dije... Pero prometí una cosa... Y esta cosa...

Una bomba de obús estalló tan cerca de ellos, que los cubrió de tierra. Balorec repitió:

—Y esta cosa... ¿Me oyes?

Sebastián gimió:

—Sí, sí, te oigo.

—Y esta cosa...

Se aproximó más aún a Sebastián y le dijo al oído en voz muy baja:

—La cumplí ayer... Ayer maté al capitán.

—¡Tú!... ¡Lo has matado tú!—repitió Sebastián.

—¡Tieso!... Lo dejé seco... ¡Era justo!

Balorec se calló y contempló la llanura.

Los fuegos de fusilería se acercaban y el cañón se encarnizaba. Era un ruido sordo, continuo, aumentado por espantosas sacudidas que parecían penetrar en la tierra, distendien-

do las profundidades subterráneas y por desgarramientos del aire que parecían el crujir de una tela al rasgarse. Alrededor de él los obreros removían la tierra, y su estallido, silbando con estridencia siniestra, precedía a una lluvia de metralla que se esparcía en haces nutridos y terribles. La batería no contestaba ya más que de un modo débil, a intervalos desiguales y cada vez más grandes. Tres piezas desmontadas, con los apuntes destrozados, habían enmudecido ya.

Y el humo, esparciéndose, envolvía el horizonte, y el cielo cubría los campos de una espesa y roja neblina cada vez más densa. Balorec vió pasar a través de esta niebla formas espectrales, uniformes despedazados, espaldas contraídas, carreras desoladas, todo el pánico de la huída y de la derrota. Pasaban sin cesar, primero, de uno a uno ; después, por grupos ; más tarde, columnas desbandadas y frenéticas ; pasaban con ademanes fatigados y de locos ; extraños perfiles, vagas oleadas, sombrías, tumultuosas, empujándose y confundiéndose ; caballos sin jinete, con los estribos entrechocándose, el cuello tendido y la crin erizada, surgían de repente en aquella mezcla humana, llevados en alas de un furioso galope de pesadilla. Los soldados ganaban a grandes pasos las líneas de voluntarios, tirándose al suelo sin mochilas, sin fusiles, sin kepis.

Sebastián permanecía inmóvil, con la cara pegada al suelo. No veía nada, no oía nada, no pensaba en nada. Al principio había querido ser razonable, mostrarse valiente como Balorec. Trataba de evocar todos aquellos recuerdos, capaces de distraerle del horror que experimentaba en aquel momento. Pero estos recuerdos huían de su imaginación o se transformaban en nuevas imágenes aterradoras. Había hecho cuanto le era posible para fortificarse contra estos desfallecimientos de su valor, para reunir en un supremo esfuerzo las energías disgregadas y las fuerzas mentales que le restaban, pero el miedo se apoderaba de él, lo aniquilaba, lo incrustaba cada vez más contra el suelo. Sin moverse, con voz desfallecida, llamaba de cuando en cuando a Balorec para asegurarse de que su amigo estaba allí, vivo, cerca de él siempre. Esta preocupación de verse protegido (el único sentimiento que subsistía a la derrota de su voluntad) desaparecía igualmente. Estaba como en un abismo, como en una tumba, muerto, con la sensación atroz y confusa de la muerte y de oir sobre él rumores inciertos, apagados, de la vida lejana, de la vida perdida. Ni siquiera se apercibió de que muy cerca de él un hombre que huía giró de repente sobre sí mismo y se desplomó con los brazos en cruz, mientras un hilo de sangre se deslizaba bajo el cadáver, engrosándose y extendiéndose poco a poco.

El fuego de la batería se extinguía, agonizando. Por fin, cesó de repente, con un silencio mucho más lúgubre que el fuego formidable del enemigo, que aumentaba... Un momento después se dejó oir el toque de retirada.

—¡Levántate!—dijo Balorec a Sebastián.

Sebastián no se movió.

—¡Vamos, levántate!

Sebastián seguía inmóvil.

Balorec le sacudió rudamente por un hombro.

—¡Vamos, levántate, vive Dios!

Entonces Sebastián, con las pupilas extraviadas, reconociendo apenas a Balorec que le sostenía como si estuviese herido, se irguió lentamente, maquinalmente, con aspecto de sonámbulo.

—¡Vamos, que despejan el campo!

En este momento un desprendimiento de humo, una luz cárdena, una detonación, cegaron a Balorec y le salpicaron de pólvora encendida y de grava. A pesar de esto permaneció en pie, aturdido solamente, sofocado como por un gran viento de tempestad. Pero notó que Sebastián había resbalado bruscamente de entre sus manos, cayendo al suelo. Lo miró un momento. Sebastián yacía inanimado, con el cráneo destrozado. La masa encefálica asomaba por un agujero horrible y sangriento. Los voluntarios habían huído. Balorec estaba solo. Las sombras que corrían se hundían, se per-

dían entre el humo... Se inclinó sobre el cuerpo de Sebastián, se arrodilló para examinarlo, lívido, cubierto de sangre, de la que se desprendía un débil vapor color de púrpura...

—¡ Sebastián, Sebastián !

Pero Sebastián no le oía. Estaba muerto. Balorec cogió entre sus brazos el cadáver, tratando de levantarlo. Era demasiado débil y el muerto muy pesado. Pasaban sin cesar sombras que corrían...

—¡ Ayudadme ! ¡ Auxiliadme !

Nadie se detenía.

Corrían como poseídos de fiebre.

—¡ Auxiliadme, auxiliadme !

Se desembarazó de su fusil, de su mochila, que le estorbaba, y haciendo un esfuerzo violento consiguió levantar a Sebastián entre sus brazos, y de este modo, con gran trabajo, la cara inundada de sudor, la respiración agitada, doblada la cintura bajo el peso del cadáver, dando traspiés, pudo llegar a la batería, donde depositó a Sebastián, sobre el afuste destrozado de un cañón. La batería estaba abandonada. Restos de ruedas, de cuerdas hechas pedazos, de hierros torcidos y cadáveres de hombres y caballos cubrían el suelo removido y sangriento... Cerca de él, el capitán yacía al lado de su caballo blanco con el vientre destrozado.

—Esto no es justo—murmuró Balorec con voz sofocada.

E inclinándose sobre el cadáver, le dijo, como si Sebastián pudiera oirlo:

—Esto no es justo... Pero ya verás... ya verás...

Y después de respirar un instante, cargó sobre sus hombros el cuerpo de su amigo, y lentamente, penosamente, bajo la lluvia de balas y de obuses, se hundieron ambos, el vivo y el muerto, entre la nube de humo que cubría por completo la llanura.

RELATO DE UN OFICIAL POLACO

En cierta ocasión hablé con un oficial polaco, un capitán, que fué herido en la Mandchuria, y, de aquella guerra vergonzosa y como todas atrozmente inútil, me hizo relaciones que causan vértigo, porque son tales, que la imaginación más desenfrenada no puede concebir nada semejante, ni siquiera bajo el dominio del más terrible y angustioso sueño. Por excepcionalmente espantosos que nos hayan parecido ciertos episodios transmitidos por corresponsales de periódicos, en tiempos de guerra, todos juntos no alcanzan al horror que inspira uno solo, el que, por no poder referirlos todos, escojo entre muchos iguales o más horrorosos, de los que el oficial polaco me refiriera.

—«Era la noche siguiente a una acción des-

graciada, como siempre... estábamos en el campo, tristes, con el corazón oprimido, con los cuerpos agotados. Sin víveres, sin ambulancia, sin leña que quemar... ¡nada! Un frío de veinticinco grados nos exfoliaba la piel y acarreaba sangre helada en nuestras venas... Permanecer inmóvil, dormirse, era la muerte. ¡Muchos murieron, en efecto, aquella noche! Representaos, si podéis, esto: un montón de diez mil hombres, silenciosos, de quienes sólo se percibía el rumor del movimiento de los pies sobre la tierra helada, pero ni una voz, ni un soplo... Unos rezagados que llegaron dijeron que a su paso por la llanura, a la derecha, habían oído gritos, quejas y ayes de dolor... ¡Los heridos, los pobres heridos perdidos en el desconsuelo y en las tinieblas de la noche! Habían topado con algunos, pero no teniendo con qué conducirlos, los habían abandonado, pensando: ¿Para qué? Yo exclamé: «Es preciso recoger los heridos; no podemos dejarlos morir así... ¿Quién viene conmigo?» Nadie respondió... Me dirigí al coronel; me volvió la espalda... Al general; ni me escuchó siquiera... Un cirujano de alta graduación me respondió: «¿Dónde los pondremos? no tenemos camillas, ni farmacia, ni instrumentos... nada... ¡Que mueran como puedan!» Ni una palabra de justicia, ni de piedad, ni siquiera de miedo... sólo indiferencia, pero esa indiferencia brutal del más repugnante egoísmo, que

es tanto más brutal y repugnante porque se manifiesta en el hombre, en el ser capaz de las más sublimes concepciones. Y todo porque así es la guerra, porque así degenera el hombre, y porque todos aquellos infelices, jefes y simples fusileros, tenían la convicción íntima de que al día siguiente les tocaría a ellos. Sin embargo, a fuerza de buscar, logré descubrir algunas malas angarillas, y a fuerza de remover aquellas masas inertes, aquellos seres humanos transformados en guerreros, pude arrancar de tal degradación a un centenar. Partimos... la noche era negra... encendimos antorchas, pero después de haber andado una hora, los gritos de los heridos nos guiaron mejor que nuestro lúgubre alumbrado. A cada paso tropezábamos con montones de cadáveres de hombres y animales... De pronto me sentí detenido, inmovilizado, pegado al suelo... Dos manos, como dos tenazas, me oprimían los tobillos, se me aferraban e incrustaban en las piernas, en tanto que una boca mordía el cuero de mis botas a plena dentellada, esforzándose por desgarrarla, gruñendo como fiera rabiosa... A mis gritos acudieron unos soldados, y vimos un herido con las dos piernas cortadas, que se retorcía a mis pies, en un estado que parecía una larva humana. No pudiendo hacerle soltar la presa, le remataron a patadas y a culatazos en el cráneo... Viví entonces allí un minuto de espanto imposible de expresar.»

El narrador se puso más pálido aún de lo que estaba, sus pupilas se dilataron bajo una impresión de horror y con voz temblorosa prosiguió :

—«Tenía el corazón desfallecido, el cerebro trastornado por todas las sacudidas del delirio. Queriendo escapar a las otras visiones de la noche, pude aún reunir mis hombres, y pensaba, oyendo los gritos que resonaban esparcidos en la llanura : «¡ Que mueran ! ¡ sí, que mueran todos !» Y me disponía a volver al campo, cuando de repente llegaron de la derecha clamores, alaridos, algo más rabioso y salvaje que las quejas ya oídas... a pesar mío, puede decirse, me dirigí a aquel sitio, y, bruscamente, surgiendo de la sombra, alumbrados por las antorchas, vi—no era ilusión de la fiebre, no era visión de opresora pesadilla—vi diez, ciento, doscientos hombres desnudos que saltaban, gritaban y gesticulaban... A veinticinco grados de frío, aquellos cuerpos mostraban rostros sangrientos, pechos agujereados, heridas rojas, largas cuchilladas cerradas por negros coágulos... unos se arrastraban o intentaban saltos sobre muñones sanguinolentos, algunos estaban armados de sables y revólvers, que blandían dando gritos, y a nosotros, que íbamos en su socorro, no reconociéndonos, nos gritaban : «¡ No os acerquéis !» Estaban locos.»

Después de una pausa continuó :

—«Sonaron algunos tiros... cayó uno de nuestros hombres; ¿qué habíamos de hacer? Retrocedí. Durante algunas horas permanecí con mi escolta a alguna distancia de aquel grupo de condenados... Sus clamores se exaltaron más todavía: después disminuyeron poco a poco... cesaron. Decaída la exaltación de su locura, les dominó el frío: al amanecer, estaban muertos... ¡al amanecer, todos los heridos de la llanura estaban muertos!»

Nueva pausa y añadió:

—«Al día siguiente me tocó ser herido... una bala me abrió la articulación del hombro derecho... No sé cómo no morí, ni sé si curaré... Voy hacia el Mediodía, donde tengo familia. Desde que he visto eso no tengo interés en vivir, porque mi vida es horrible.

»Imposible, de día ni de noche, alejar de mí la espantosa, la mortificante visión... siempre... siempre... aquel tronco humano que me muerde las piernas! ¡Y siempre aquellos locos... aquellos pobres locos desnudos y sangrientos en la noche glacial! No podéis comprenderme... ¡Hasta me pregunto si me volveré loco también!... ¡Si lo soy ya!... ¡Cuánto hubiera preferido morir allí...»

FIN DE LA GUERRA

OTROS ENSAYOS



LAMENTACIONES CONTRA EL ESTADO

Ayer de madrugada se hizo anunciar en mi casa un señor a quien no conozco. A su insistente ruego de ser inmediatamente recibido, pues el asunto, según dijo, no podía tener demora, le hice entrar en mi despacho. Su aspecto rebosaba salud, pero estaba un poco agitado.

—Dispense usted mi indiscreción—me dijo —pero estoy furioso.

—No es nada fisiológico—declaré,—que un hombre sano y virtuoso esté furioso de tal modo a una hora tan temprana... Si usted no es un jugador o un vicioso, forzosamente lo que aquí le trae ha de ser algo muy grave.

—Muy grave, en efecto.

—Diga usted, pues, de qué se trata.

—Se trata, querido señor—respondió el desconocido con ademán agitado—de que no puedo vivir por más tiempo en este país estúpido

y rutinario... Estoy de la Francia hasta la coronilla y me voy a naturalizar boer, o chuan... cualquier cosa.

—¿Pero qué tengo yo que ver en esto y en qué puedo serle útil?

—Vea usted... La señora Sévérine está ausente. El señor Bauer ha ido a hacer propaganda artística por las playas meridionales... De las pocas almas generosas, compasivas y vehementes que no temen decir las verdades a una sociedad imbécil y quisquillosa, usted es la única en este momento en quien puedo fraternalmente depositar mis rencores... No le pido dinero ni nada que se le asemeje. Tan sólo le ruego que me escuche durante unos minutos... Luego obrará usted según lo que su justicia le dicte.

—Pues soy todo oídos. Hable usted.

Y el visitante habló de este modo:

—Yo habito en los alrededores de París, en pleno campo, a tres kilómetros del teléfono... De ahí deriva que mis relaciones con París son poco fáciles y me cuestan tan caro como si las tuviera con Nueva-York. Resolví abonarme. ¿Va usted comprendiendo?

—Perfectamente.

—Primero me hicieron firmar unos papeles verdes, azules, amarillos, rojos, blancos, una infinidad de papeles impresos, cuyo significado no pude comprender, fuera de que tenía que abonar una cierta suma. La aboné y esperé

durante un mes. Como parecióme que me habían olvidado, hice una visita a la Administración y les pedí que comenzaran los trabajos de instalación. Me respondieron, «que los comenzarían una vez terminada la información». Chocóme la respuesta. ¿«Una información?— díjeles—¿a propósito de qué y sobre qué? ¿Respecto mi moralidad, mi fortuna, mis opininones políticas?» «Vamos, señor, usted no es un belga, ni un cafre, ni un matabelo, y no debe ignorar que la Administración francesa no hace nada sin abrir antes un informe...Esto causa retardos, fastidia a la gente, embrolla las cosas... pero es preciso.» Me resigné y transcurrió otro mes. Nueva visita a la Administración. «¿Y esta información?» pregunté. «El informe está terminado... Pero el asunto se complica... no estamos de acuerdo con la sección de Puentes y Caminos.» «¿Con Puentes y Caminos?... Me dejan ustedes turulato... Hagan ustedes el favor de decirme qué relación puede tener los Puentes y Caminos con mi teléfono...» «Su línea tiene que atravesar un puente sobre el Sena, ¿no es eso? Pues los de Puentes y Caminos se oponen a que pase... o por lo menos, estudian la cuestión... Naturalmente, no podemos ponernos de acuerdo con ellos ni ellos con nosotros.» «¿Y esto va a durar mucho?» «No sé... Dos, tres meses, acaso seis... Puedo citarle un caso muy curioso en que durante quince meses estuvimos ventilán-

dolo con la Administración de Puentes y Caminos... ya ve usted si es curioso.» «¡ Pero esto es estúpido y perfectamente inconcebible! ¿ No son un servicio del Estado estos Puentes y Caminos?... ¿ No lo son también Correos y Telégrafos?... ¿ Por qué no han de marchar de acuerdo en todos los asuntos?» «Pero, querido señor y estimado contribuyente, si los servicios del Estado no se disputaran sobre vuestras espaldas, dígame usted, ¿ qué es lo que harían? Si todo marchara bien, ya no sería administración... Cualquiera diría que viene usted de la China...» «¡ Ojalá me hubiese ido a ese país libre y civilizado! ¡ Tenga la seguridad de que maldito si me hubieran entrado ganas de volver.» Al cabo de cuatro meses.. ¿ sigue usted atendiéndome?

—Perfectamente.

—Al cabo de cuatro meses compareció una brigada de obreros que plantaron los postes y tendieron los hilos con una lentitud completamente sabia y metódica... No faltaba sino colocar el aparato, que dejaron depositado no sé dónde, a tenor de ciertas prescripciones reglamentarias, y de no sé cuáles nuevas dificultades, que retardaron tres semanas más la instalación... En fin, después de innumerables peripecias e imprevistos, colocaron en casa el teléfono... Esto me costó muy caro... Tuve que pagar la instalación, después el abono mensual, y por último esto que ellos llaman

una «interinidad», pues no tan sólo pago el abono, sí que también cada comunicación telefónica... seguramente para simplificar la contabilidad y las necesidades burocráticas... Sería, por lo visto, demasiado simple unificar el precio de abono de una red telefónica... No sería administración, como decía el otro.

—¿ Pero ahora su teléfono funciona y estará usted contento?

—No acierta usted. ¿ No sabe usted lo que me sucede? Es increíble... Pues me sucede que no tengo más que medio teléfono. Quiero decir que cada vez que lo deseo y según la importancia de mi «interinidad», yo puedo comunicar con París, pero París no puede comunicarse conmigo. Cada vez que alguien de París pide comunicarse conmigo se le responde : «¿ Tiene usted una «interinidad»? «No». «¿ No? En este caso, buenas noches.» Y ya puede sonar. Ni siquiera le responden. Y mi teléfono queda silencioso todo el santo día... Mire, lo he transformado en una caja para guardar las cerillas.

Mi visitante se paseaba febrilmente por la estancia.

—Y aún hay más—agregó.—En mi jardín tengo muchas orugas y pulgón. Mis árboles, todas mis plantas están atacadas por toda clase de enemigos invisibles y devoradores contra los cuales no hay más que un medio para luchar : la nicotina. Usted sabrá perfectamente que el Estado se ha reservado la fabricación y

la venta de esta sustancia, y creerá que no hay más que entrar en un despacho y pedir: «hágame el favor de un litro de nicotina». Si así cree, se equivoca. Aquí también son de tal índole las complicaciones, que la mayor parte de las veces uno prefiere perder las cosechas antes que exponerse a los pasos a que el Estado obliga. Escúcheme con atención. ¿Quiere usted un litro de nicotina? Pues primero tiene que presentarse en la manufactura de tabacos; allí le pasean y trasladan de oficina en oficina y tiene que justificar cómo es usted horticultor, agricultor, viticultor o farmacéutico: las únicas categorías de ciudadanos que tienen derecho a procurarse nicotina. Una vez cumplido este requisito, le entregan un papel con el cual tiene que presentarse al recaudador de contribuciones indirectas de su Municipio. Este funcionario, después de haberle hecho pagar el precio del litro de nicotina, le entrega otro papel y vuelta con él a la manufactura de tabacos de París. Nuevo paseo por las oficinas, para que visen, legalicen, cataloguen, timbren dicho papel por todos lados, de frente, al dorso, de lado, en las puntas... después de lo cual le envían a la calle Nitot, una sucursal, en la que después de haber sacrificado ante todo el ritual simbólico y diabólico, le entregan, por fin, el malhadado litro de nicotina... Tres días de marchas y contramarchas... Y así todo, mi querido, generoso, compasivo y vehemente es-

critor. No puedo dar un paso, horadar un muro, trasplantar un árbol, transportar tierra, entregarme al acto más simple de la vida doméstica, sin que el Estado intervenga, tan pronto para impedirme hacer lo que quiero, como para robarme mi tiempo y mi dinero... Sobre todo, este tiempo que se pierde, que no se recupera jamás, y en que nadie piensa... es espantoso.

Intenté consolar a mi visitante y le dije: «No se aflija usted de ese modo... La hora de la justicia social y de la libertad individual sonará pronto... A Dios gracias, los socialistas ganan cada día terreno... Unos pocos meses, acaso unos pocos días, y entraremos de lleno en la tierra prometida, con todos sus goces infinitos... pues usted no sabe, señor, que esos admirables socialistas...

No me dejó terminar. Al oir la palabra «socialista» lanzó un grito de terror y dando un bote en la silla, como gato espantado:

—¡Los socialistas!—gritó.—El Estado-panadero, el Estado-sastre, el Estado-quincallero, el Estado-cultivador, el Estado-Todo... Pero usted no habla en serio... Levantarse, comer, trabajar, orinar, hacer hijos a una misma hora, todos, a los toques de una misma campana, al redoble de un mismo tambor... No, no... jamás... Estoy decidido... ya no titubeo... me marcho... voy a hacerme cafre... chuan... cualquier cosa... ¡Adiós!

Y desapareció, abriendo y cerrando tan vivamente la puerta, que por un momento creí que había atravesado el muro, como una sombra.

EL REBAÑO

Hablábamos la otra noche de las pequeñas manifestaciones a que se entregan los estudiantes de Bélgica a causa del proyecto de ley escolar. Al decir del que nos contaba los diversos episodios, era algo imponente y el gobierno se vería obligado a reflexionar y, tal vez, a retroceder. En Gante, sobre todo, la manifestación tomaba un carácter admirable. Las bandadas de estudiantes recorrían las calles llevando una bandera con esta heroica inscripción : «¡ Librepensadores, la libertad de conciencia está amenazada ; de pie todos !» En otra bandera, esta altiva y corneliana declaración en forma de alejandrino : «¡ Queremos ser instruídos y no cretinizados !» ¡ Valientes muchachos !

Y mientras el narrador acumulaba los detalles conmovedores de estas bellas jornadas y se entusiasmaba con las nobles reivindicaciones de los estudiantes belgas, yo, por una asociación de ideas cuya filiación no tengo necesidad de explicar, pensaba en la mordaz y justa sá-

tira que en los «Odeurs de París» Luis Veuillot consagra a Henry Murger, a la pobreza de su literatura, al desorden de su vida, y recordé esta anécdota que la termina.

Murger agonizaba. Avisado por unos vecinos, se presentó un sacerdote en casa del cancionero de Musette, con la pretensión de confesarle. Murger, que había oído, intentó incorporarse sobre su lecho de muerte, y con voz firme por un supremo esfuerzo de vanidad de «cabotin», dijo a los amigos que lloraban a la cabecera : «Decidle que he leído a Voltaire».

Y Veuillot agregaba tristemente : «¡ Pobre joven, tú no has leído más que a About !»

Un amable poeta belga, que estaba entre nosotros, interrumpió las reflexiones que me iban sugiriendo las manifestaciones estudiantiles, diciéndonos :

—Gante tiene entre nosotros la especialidad de los motines extraños. Tal vez recordaréis los que hace tres años se produjeron en Bélgica. La causa, a decir verdad, era un poco cómica. El pueblo belga reclamaba el sufragio universal. También él quería ser soberano, dictar voluntades, hablar como un amo. Este deseo le había asaltado de repente, no se sabe por qué. Tenía ya un rey constitucional y, sin duda, consideraba que esto no era bastante para su felicidad. Quería otros reyes, reyes vestidos de paisano, y los quería elegidos por él mismo. Cierto que no se negaba, pacífico

borrego como era, a que diariamente le esquilaran y devoraran; al contrario, exigía serlo más, y, sobre todo, por gentes que él conociera, de modo especial y solemne, por su mismo mandato. Para conquistar este maravilloso privilegio de ser llevado a los mataderos gubernamentales por carniceros popularmente investidos y democráticamente consagrados, los buenos proletarios belgas intentaron una revolución. El pueblo descendió armado a la calle y se entregó a las vociferaciones de costumbre. Los burgueses, protegidos por las tropas, se divertían con estos espectáculos que no ofrecían peligro para ellos.

En Gante los sucesos tomaron, durante algunos días, un cariz trágico. Gritos, barricadas, colisiones sangrientas, tiros, cargas de caballería, descargas cerradas de la tropa, nada faltó en la fiesta, incluso los muertos. Apoteosis ordinaria. Como que estas escaramuzas amenazaban degenerar en verdadera guerra civil, se llamó a la guardia cívica. Yo formaba parte de ella y a la fuerza tuve que alinearme bajo la bandera del orden entre los defensores de la sociedad. En mi compañía no había más que dos burgueses auténticos, un pintor amigo mío y yo. El resto se componía de obreros, pequeños empleados, seres de poca monta, para quienes la vida resulta avara; todos, o casi todos, en perfecta comunión de ideas con los amotinados. En las filas discutían entre ellos

en voz baja, y las palabras «sufragio universal» estaban incesantemente en todos los labios. Todos juraban tirar al aire en el caso de que se les ordenara hacer fuego contra el pueblo.

—Tienen razón—decía uno ;—combaten por nuestra felicidad.

—Mejor que esto—apoyaba otro ;—por nuestra soberanía. Nuestra felicidad no es nada. Ahora se trata de que seamos soberanos.

—Sí, sí, queremos ser soberanos, como en Francia.

—Imponer nuestra voluntad, como en Francia.

—Dictar nuestras leyes, como en Francia.

—Paciencia, unos cuantos días más, y seremos amos de todo, como en Francia,

Otro decía :

—Pueden mandar todo lo que quieran, yo no disparo. Primeramente, porque tengo mis ideas ; luego, porque mi hermano está con los que se baten por nuestra soberanía... Yo también me habría batido, pero tengo mujer e hijos...

—Yo también me habría batido, pero el patrono, que no está por el pueblo, que no quiere que el pueblo sea soberano, me habría despedido, y faltándome el trabajo...

—Cuando tengamos el sufragio universal y seamos soberanos, seremos nosotros los que despediremos a los patronos. No haremos nada

y comeremos bien, porque con el sufragio universal...

Esta palabra de sufragio universal les abría a todos la puerta de los sueños maravillosos y de los paraísos magníficos. Soñaban con mesas abundantemente provistas de manjares suculentos y de bebidas deliciosas, con perezar al sol, placeres de toda clase... Y sus pupilas se dilataban con estas visiones.

Un hombre pequeñito, que hasta entonces no había desplegado los labios, se puso a repetir varias veces, paseando en torno suyo miradas amenazadoras :

—Cuando tengamos el sufragio universal, yo ya sé por quién votaré.

—¿ Por quién votarás ?

—Por alguno que yo me sé.

Estos pobres diablos me daban verdaderamente lástima. Me irritaba y apenaba al propio tiempo ver en ellos tantas ilusiones groseras. Me dirigí a mi vecino, el hombre pequeño :

—Yo tampoco tiraré, porque es un crimen matar a un hombre. Pero están ansiosos de batirse por esto. Se bate uno por el pan, por el bienestar, por la libertad. Se bate uno para quitarse de encima tanta miseria, para que no tengan otros tantas riquezas. ¡ Pero para conquistar un derecho ilusorio como el sufragio universal ! ¡ Por esta mentira, por esta servidumbre, por esta corrupción ! ¿ Pero es que no sabéis lo que es el sufragio universal ? Habláis

de Francia... pero en Francia se mueren de esto...

Mi vecino se encogió de hombros y con mirada de despreciativo rencor respondióme :

—Diga usted lo que quiera... ni siquiera le escucho... ya sé lo que es usted... usted no está a favor del pueblo...

—Si sabéis quién soy—le repliqué—, debéis saber que soy vuestro amigo, el amigo de todos los que no son felices... Yo me batiría para conquistaros un poco de esta felicidad que vosotros vais a pedir ¿a quién? ¿Lo sabéis acaso?

—Sí, sí—respondió mi vecino,—puede decir lo que quiera ; no le escucho.

Y rechinando los dientes agregó :

—¿Quisiera que votara por usted? ¡Ah! Yo no soy un imbécil, yo no votaré por usted... ya sé por quién tengo que votar... Y cuando haya votado por quien yo sé, seremos los amos, seremos soberanos... Sí, sí ; pasarán entonces cosas extraordinarias... ya sé lo que me digo. Y usted no dice lo que sabe.

Entonces me callé. Nada más había que decir.

—Por lo menos—pensé—no tirarán. No tendremos que pasar por la vergüenza de haber derramado sangre.

Nuestro capitán se paseaba ante la compañía, inquieto, nervioso, con el oído atento a los clamores aún lejanos del motín. A ratos cruzaban jinetes por la plaza a todo el galope

de sus caballos. Las tiendas se cerraban ; burgueses pálidos regresaban a sus casas, presurosos y cansados.

Poco a poco el rumoreo popular se fué acercando, y los gritos, las vociferaciones y los llamamientos se hicieron más distintos. Sonaron dos tiros, como dos latigazos, no muy lejos de donde estábamos. El capitán se volvió hacia nosotros. Era un comerciante vendedor de corbatas en la ciudad. Tenía una cara redonda y sonrosada, abultado el vientre y una mirada dulce.

—Muchachos — nos dijo, — esto va mal... Dentro de pocos minutos estarán aquí... y me veré obligado a ordenar los tres toques de atención y hacer fuego... Porque ya les conozco, son unos locos y no querrán escucharme... Es fastidoso... disparar contra gentes de la ciudad, gentes que uno conoce... No es divertido todo esto... Pero de todos modos hay que obedecer la ley... es muy fastidioso... ¡Si a lo menos hubiesen expuesto tranquilamente sus reclamaciones! El rey no es malo, los ministros son también buenas gentes. Sí, buenas gentes, y bien o mal, todo se habría arreglado. En fin, no se trata de esto... el deber ante todo... es fastidioso... Pero pienso que debemos hacer el menos mal posible... Así, pues, escuchadme... Cuando mande hacer fuego, la primera fila no tirará... tirará solamente la segunda... y aún ni es necesario que toda la se-

gunda fila dispare. En suma, se trata de asustarles... Tres, cuatro muertos... tres, cuatro heridos... esto bastará, tal vez, para detenerlos, para contener a estos pobres diablos... Veamos, muchachos, los de la segunda fila, atención... ¿Hay entre vosotros cuatro hombres, cuatro hombres tan sólo bien decididos a disparar contra la multitud cuando yo lo ordene; cuatro solamente? Responded.

Con gran sorpresa de mi parte, desde la derecha a la izquierda de la fila, oí revolotear en cada labio, correr por cada labio, rebotar de labio en labio, esta palabra:

—¡Yo... yo... yo... yo... yo!

De los cincuenta hombres que éramos en esta fila, dos solamente tuvieron cerrados los labios. Dos tan sólo estaban fríamente resueltos a levantar las culatas al aire tan pronto se les diera la orden de muerte. Y estos dos hombres fueron los dos burgueses de la compañía, mi amigo el pintor y yo.

—Pobres muchachos—pensé yo cuando el poeta hubo terminado su relato.— Tal vez también ellos no habían leído más que al «About de Bélgique.»

PROSTITUCIÓN Y MISERIA

Avenida de Clichy, la una de la madrugada. Llueve. El barro grasiento de la calle hace el andar difícil y resbaladizo. La Avenida está casi desierta. Unos pocos paseantes caminan con la cara hundida en el cuello levantado de sus abrigos; alguno que otro coche, vacío, o llevando no sé a quién ni a dónde. Unas cuantas mujeres andan por las aceras, que brillan como pálidas luces.

—¡ Señor!... ¡ Señor!... venga usted conmigo.

Gritos mezclados con blasfemias obscenas y amenazas. Después... el silencio... pasos que huyen... que vuelven al poco rato. Siluetas que llegan, dan vueltas, se esfuman, desaparecen, vuelven de nuevo, como cuervos revoloteando sobre un campo en que hubiese una carroña.

Abiertas, no hay más que las tabernas, que arrojan sus claridades amarillas contra las casas de enfrente que dormitan. Y olores de alcohol y de almizcle—crimen y prostitución—circulan por el aire, fraternalmente, a ráfagas.

—¡ Señor!... ¡ Señor!... venga usted conmigo.

Hace cinco minutos que me está siguiendo una mujer, a la que no veo, pero oigo clara-

mente a mi espalda el taconeo obstinado de su andar y la voz que canturrea este monótono y suplicante estribillo :

—¡ Señor !... ¡ Señor !... venga usted conmigo.

Me detengo debajo de un farol. La mujer también se detiene, pero fuera del radio de luz ; puedo, con todo, examinarla. No es guapa, ¡ oh, no ! ni tentadora ; más bien hace alejar la idea del pecado. Porque el pecado es la alegría, la seda, el perfume, cabelleras teñidas y la carne adornada como para un altar, lavada como un cáliz, pintada como un ídolo. Como es, asimismo, tristeza rica, asco opulento, mentira suntuosa, barreduras montadas en oro y pedrería. Y aquella desgraciada nada de esto podía ofrecerme. Vieja de miseria más que de edad, marchitada por el hambre o por las pesadas borracheras en los sótanos de las tabernas, deformada por la espantosa labor de su trágico oficio, obligada, bajo la amenaza del navajazo, a andar, andar siempre, de noche, en busca del deseo que escudriña, zarandeada por el miserable que la despoja o por el policía que la explota, del cuartucho de alquiler a la cárcel, verdaderamente, la pobre, daba lástima verla. Una manteleta de lana negra cubre su pecho ; unas faldas enlodadas tapan sus piernas ; un inmenso sombrero, con unas plumas que se deshacen con la lluvia, toca su cabeza ; y sobre su vientre pliega sus manos, unas manos amo-

ratadas por el frío—¡ oh ! nada obscenas,—unas manos torpes y huesudas, apenas resguardadas por unos viejos mitones de color indefinido. A no ser por la hora, el lugar y el tono de su invitación, la habría tomado por una sirvienta desocupada y no por una trota-aceras. No cabe duda que desconfiaba de su fealdad, que tenía consciencia de las pocas voluptuosidades que podía ofrecer su cuerpo, porque procuraba sustraerlo a mis miradas, interponiendo tinieblas y más tinieblas entre su cara y mis ojos, y más pareciendo pedir limosna que ofrecer el placer, su voz tímida, temblona, casi avergonzada, iba repitiendo :

—¡ Señor !... ¡ Señor !... venga usted conmigo, señor... haré todo lo que usted quiera... venga conmigo, señor...

Como no le respondiera, no por asco o desdén, sino porque en aquel momento estaba mirando, compasivamente, un collar de coral que le rodeaba el cuello con una línea roja, siniestramente, ella agregó, en voz baja, con un tono de dolorosa imploración :

—¡ Señor !... Si usted prefiere... tengo en casa una chiquilla... tiene trece años, señor... Es muy linda... y conoce a los hombres como si fuese una mujer... ¡ Señor !... ¡ señor !... se lo ruego... venga conmigo, señor...

Le pregunto :

—¿ Dónde vives ?

Y vivamente, señalándome una calle, enfren-

te, que daba a la Avenida, como una boca de abismo, responde:

—Ahí cerca... mire, allí... a dos pasos... Quedará usted contento, no pase cuidado.

La mujer atraviesa la calle, corriendo, para no dar a mi reflexión el tiempo de cambiar, para que no se hiele lo que ella cree mi deseo. Yo la sigo... ¡ah, pobre diablo!... A cada paso que da, vuelve la cabeza, para asegurarse de que no me he escapado, saltando sobre los baches, enorme y redonda, como un sapo monstruoso. Unos hombres que salen de una taberna la insultan al pasar por su lado. Nos internamos en la calle, ella delante, yo detrás, hundiéndonos cada vez más en las sombras.

—Es aquí—dice la mujer.— Ya ves que no he mentido.

Empuja una puerta entreabierta. En el fondo de un corredor estrecho, una pequeña lámpara de petróleo, cuya mecha humea y vacila, arroja sobre las paredes resplandores de crimen, sombras de muerte. Entramos. Mis pies pisan cosas blancas, mis brazos rozan cosas viscosas.

—Espera un poco, querido... ¡La escalera es muy traidora!

Ha recuperado la serenidad. Comprende que no debe humillarse, que tal vez no es tan fea, puesto que yo estoy allí, a su lado, que ha conquistado un hombre, llevándoselo detrás, un hombre que es necesario conservarlo con pala-

bras acariciadoras, excitarle la generosidad con promesas de amor... ¡ De amor!... Ya no soy el «señor» vacilante a quien imploraba hace pocos instantes ; soy el «querido», la suerte esperada, el que trae consigo, tal vez, el pan del día siguiente, o el dinero con que pagarse la borrachera para olvidar el hambre, la borrachera que hace olvidarlo todo, ¡ todo!

Enciende una bujía en la lámpara y, señalándome el camino, me precede en la escalera. La ascensión es ruda. La desgraciada sube fatigosamente, esforzándose : resuelta, silba y estertorea. Con la mano libre sostiene su vientre que la estorba, que le pesa, del cual no sabe qué hacer, como si fuese un paquete demasiado pesado.

—No te impacientes, querido... es en el segundo piso.

La rampa es pegajosa, los muros supuran y destilan agua, los peldaños de madera crujen debajo de los pies. Hay que sujetarse el estómago para que no le invadan las náuseas, para que no le dominen los intolerables hedores que allí dejaron los hombres, hedores cuyas virulencias ha exasperado la humedad y las deyecciones mal cerradas. En los pasillos, a través de las puertas, se oyen voces que ríen, gritan, ruegan ; voces que regatean, que amenazan, que exigen ; voces obscenas, voces de borracho, voces ahogadas... ¡ Oh ! aquellas voces !... ¡ La tristeza de aquellas voces, en aquel lugar

nocturno, lugar de terror, de miseria y de... placer!

Al fin, hemos llegado. La llave ha rechinado en la cerradura, la puerta ha rechinado sobre sus goznes, y hétenos en una salita estrecha, en la que no hay más que un mal sofá desvencijado, verdoso, destrozado y cojo, y una especie de cama de campaña sobre la cual se ha levantado, al oir el ruido de nuestros pasos, un espectro que me mira con sus ojos redondos, amarillentos, penetrantes, semejantes a los de aquellos pajarracos que velan, de noche, en los bosques... Frente a la ventana, colgados de un cordel tendido de pared a pared, dos hileras de trapos puestos a secar.

—Ya te dije que quitaras esto—reprocha la mujer a la vieja, la cual retira los lienzos, gruñendo, y los tira, revueltos, sobre el sofá.

Otra puerta, y entramos en el dormitorio. Estamos solos y pregunto:

—¿Quién es esta vieja?

—Es la que me presta la chiquilla.

—¿Su madre?

—¡Ah! ¡no! No sé de dónde la ha sacado. Es desde anteayer que la tengo... Poca suerte tiene esta mujer... es una desgraciada... Su hijo está en presidio... Antes era mi amante. Apioló al relojero de la calle Blanche, ya sabrás, el relojero... Sus hijas están de sirvientes y no le dan un cuarto... así es que fuerza le es vivir de un modo u otro, ¿no te parece?

El dormitorio está apenas amueblado y revela una miseria indecible... Las ventanas sin cortinas, la chimenea sin fuego. La humedad despega de las paredes el papel, que cae a trozos, como pedazos de piel muerta. Hace frío y la mujer se disculpa.

—No tengo carbón... ni leña... El invierno se nos ha echado encima tan pronto... Y además, aún no hace un mes que la policía vino y se me llevó... me soltaron hace cuatro días...

Agrega :

—Si tan sólo hubiese tenido veinte francos para darles, me habrían dejado tranquila... ¡ Ah ! ¡ los canallas !

En el fondo de la pieza una gran cama con almohadas enjutas y sucias sobre los colchones. Al lado, otra cama, más pequeña, en la que apenas distingo, surgiendo de las mantas, un montón de cabellos rubios, y de este montón de cabellos una delgada carita pálida, que duerme.

—Es la niña, querido... puedes desnudarte... voy a despertarla...

—No, no ; déjala dormir.

—No te vayas a creer que va con todo el mundo... solamente con los señores...

—No, déjala dormir.

—Como quieras, querido...

No tiene consciencia del crimen que me propone y mi negativa más bien la extraña... Cuando quiso despertar a la niña, pude obser-

varla. Su mano no tembló; no dejó entrever del corazón esta conmoción vascular que hace descender la sangre y palidecer la cara. Le pregunto:

—¿Y si la policía la encontrara aquí? ¿Ya sabes que esto te valdría un proceso y el presidio?

La mujer hace un gesto vago y dice:

—Es posible, pero ¿qué quieres que haga?

Al ver mi aire grave y triste ha perdido la confianza de antes. No se atreve a mirarse al espejo; no se atreve, tampoco, a ponérseme delante, ni siquiera a la pobre luz de la vacilante bujía... Y el agua chorrea de su sombrero, que no se ha quitado, como de un tejado mojado... Ha puesto el candelero sobre la chimenea y se ha acercado a la cama, en la penumbra, donde se dispone a desnudarse.

—No—le dije,—es inútil... No quiero nada...

Le pongo en la mano dos monedillas de oro, dos monedas de oro a las que ella da vueltas y más vueltas, asombrada y aturdida, sin decir nada.

Tampoco yo sé qué decirle. ¿Y qué le diría? ¿Predicarle el arrepentimiento, las bellezas de la virtud? Palabras, palabras, palabras... No es ella la culpable. Ella es exáctamente lo que la sociedad ha querido que fuese, esta cochina sociedad de insaciable apetito que necesita tragarse, todos los días, su ración de almas hu-

manas... ¿ Iba a hablarle de odio y de rebeldía? ¿ A qué? Palabras también. La miseria es demasiado cobarde ; no tiene fuerza para empuñar un cuchillo, ni pasear una tea encendida sobre el egoísta placer de los satisfechos... Vale más, pues, que me calle... Además, no vine aquí a perorar como un socialista. No es la hora de las declamaciones vanas que nada remedian y que no hacen más que mostrarnos el vacío de los actos en el vacío de las frases... Vine para ver y he visto... No tengo más que hacer y me marcho... ¡ Buenas noches !

La niña continúa durmiendo en su camita, nimbada de rubio. Las posesiones impúberes han marchitado ya su boquita, podrido su aliento y puesto manchas violadas en sus párpados cerrados. En el cuarto contiguo, la vieja anda rodando, arrastrando sus zapatos sobre el crujiente pavimento. La mujer ha escondido las dos piezas de oro debajo de los colchones y me dice muy quedo :

—La vieja va a ponerse furiosa porque no has querido la niña... Dale algo, para que no me quite lo que me has dado... Es una vieja muy mala, de muy malas entrañas, puedes creerme... Espera que te haga luz, señor... ¡ es tan traidora la escalera !...

CELEBREMOS EL CÓDIGO

Le llamaremos Luciano, aunque él no se llame así. Estima, por lo demás, nuestro hombre, muy poco la notoriedad, y nada le sería tan desagradable como ver en un periódico su verdadero nombre.

Luciano es un hombre de cerca de cuarenta años, fuerte, aunque cenceño. Es estimado en toda la aldea, porque es alegre, agraciado, complaciente y muy amable. El destino, como se verá, le ha hecho filósofo. Sobre él no hay más que una sola opinión en toda la comarca. Preguntad al burgués, al aldeano, al obrero, y os dirán de Luciano :

«Es un mozo... Si hace mal, aquí y allí hay otros, y esa no es su falta... No es feliz, sin embargo.»

Jornalero de profesión, va allí donde hay una obra, no importa qué obra... Una obra grande, se entiende. Porque él mismo reconoce de buen grado, que para los trabajos que no requieren finura, no hay como la mano. Pero en azadonar, mudar de casa a un vecino, binar las acelgas, cortar las maderas, no teme a nadie del pueblo... Quince días en casa de éste... Un mes con aquél... Una semana en casa del cura, otra en casa del alcalde, que es masón ; él se arregla con todo. Las opiniones políticas

le importan poco... El las tiene todas, sucesivamente, según las de las gentes que lo emplean. Gana tres francos por día—es un precio estipulado, y a él se atiene,—salvo el domingo en que, naturalmente, no gana nada—cosa estipulada también. Es un hombre de costumbre, de tradición. Lleva la tradición en la sangre.

El infeliz es casado, y ha tomado en serio el problema de la repoblación ; tiene ocho hijos que le viven, de buen ver, largos dientes y vientre hambriento. Fácilmente se imagina uno lo que puede ser para una mujer el mantenimiento y el cuidado de esos ocho niños ; encerrada en la casa todo el día, la mujer no puede trabajar, al menos en un trabajo productivo, porque además no está muy humanamente dotada para él... No gana nada, y gasta lo que su hombre gana... Así, pues, he ahí diez seres humanos obligados a vivir ; es decir, a pagar casa, alimentarse, vestirse, comprar y reparar los utensilios con tres francos por día... Y eso en una pequeña aldea, donde todo está fuera del precio ordinario. En los pueblos pequeños, no se querrá creerlo, pero nada hay más cierto, la existencia es mucho menos fácil para las gentes pobres, muchísimo más dura y molesta que en París. Cada artículo de consumo necesario, llega allí previamente gravado con los gastos de tres o cuatro intermediarios. Un cuarto de kilo vale dos cuartos ; y cuatro cuartos de petróleo, seis. No es raro que las cosas

indispensables sean allí un 25 por 100 más caras que en las grandes poblaciones, y un 50 por 100 más malas, porque no se las renueva sino muy raramente.

Hay que ver la casa de Luciano, una casucha sin abrigo, mal cerrada, con una habitación donde los chicos, unos encima de otros, mezclados, están como los conejos en una madriguera. Esta casa no tiene un jardín, el indispensable jardín que a la vuelta de su trabajo podía cultivar Luciano, con algunas legumbres para su uso y la venta y algunos flores, un alhelí en la primavera y el sol en el estío...

Ahora conocéis a Luciano tan bien como yo.

Pero he aquí lo que le ocurre, contra esa opinión tan arraigada que quiere que las gentes pobres no lleguen jamás a nada ...

Un día compró a un comerciante de novedades una blusa de trabajo. Le costó nueve francos. Era bien cara, pero no podía pasarse sin ella. El comerciante, que es hombre de iniciativas y de actividad, no vende en su tienda. Hace sus viajes en un carruaje que tiene, y en todas las aldeas de la región tiene cuidado de hacerse anunciar por el tambor de cada una. Precisamente siempre con el deseo de hallar ocasión de ganar un poco más de dinero sobre su salario habitual. Luciano es tambor de la aldea. Por dos veces ha redoblado la llegada sensacional del comerciante de novedades, a razón de treinta sueldos cada una.

Y Luciano, que no sabe leer, sino muy imperfectamente, conoce la aritmética lo bastante para hacer su cuenta, y se dijo cándidamente :

—Debo nueve francos al comerciante de novedades... bueno... El comerciante me debe a mí tres francos... bien. Luego, de nueve quito tres, y quedan seis. Son seis francos lo que debo al comerciante.

El cálculo era impecable. Pero el comerciante de novedades no entendía la aritmética a la manera de Luciano, y le dijo :

—No es así como debe contarse... Tú me debes nueve francos... pues bien : págame los nueve francos... Cuando me los hayas pagado, yo te pagaré los tres que te debo, y estaremos en paz... ¿No es eso justo?

—No—respondió Luciano ;—mi cálculo es bueno. Puesto que os debo nueve francos y me debéis a mí tres... la cosa es bien sencilla : Yo os doy seis francos, y en paz. Eso es claro.

El comerciante reflexionó un momento, arrugó el entrecejo, y le dijo después :

—Bueno... testarudo... ¿no me debes nueve francos?

—Sí... ¿Y no me debe usted tres?

—Sí.

—¡Pues entonces!

—Entonces, págame nueve francos.

—Seis francos.

—No... nueve francos.

Luciano porfiaba más y más, tanto cuanto

el comerciante se obstinaba. Llegaron a decirse cosas desagradables, luego se enfadaron, se amenazaron, y, finalmente, el comerciante de novedades juró y perjuró por todos los diablos enviarle el alguacil.

Luciano le respondió :

—Enviadme todos los alguaciles que queráis, a mí qué... Yo os debo nueve francos.

—Pues bien, paga.

—No, porque me debéis tres francos.

—¡ Al diablo !

El comerciante acudió sofocado a casa del alguacil.

—¡ Buen negocio !—dijo éste frotándose las manos.

Y el alguacil va a casa de Luciano, no el alguacil en persona, sino algo que le representa terriblemente : papeles, papeles cuyas costas inscritas al final de las hojas, se añaden las unas a las otras, acabando por formar, después de algunos meses, una suma de 125 francos de gastos, sin perjuicio de los nueve francos, de los intereses, de otros gastos para lo futuro, porque el alguacil está de vena y no se detendrá en tan buen camino.

Y cada vez que recibe uno de esos papeles, se aprieta la cabeza, y dice :

—En fin... esto es gracioso. Yo debo nueve francos, él me debe tres, no dándole tres le doy seis... No salgo de ahí.

Lo más triste es que entre las mismas per-

sonas que empleaban a Luciano, encontró oposiciones. Así todas las que lo empleaban le decían :

—¡ Por Dios, hombre !... no queremos mezclarnos en tus asuntos... Tú eres un buen hombre... pero anda a trabajar.

—¡ Vamos !—decía Luciano.—Yo debo nueve francos.

No se le quería oir.

Ahora Luciano tiene miedo, reserva... un día aquí, medio día allá, va trabajando. Se ha hecho filósofo. Arroja al fuego, sin abrirlos nunca, todos los papeles timbrados que continúan cayendo sobre su casucha como una bandada de cuervos sobre los bosques de otoño.

—¡ Que se arreglen ! hacedlo dulcemente. ¿ No es eso ? La cosa es fácil de comprender... Yo debo nueve francos...

El debe más de doscientos actualmente... y las costas siguen aumentando siempre.

Y yo quiero, yo también, en el momento en que se celebran con tanto esplendor las bellezas del Código civil, referir sin comentarios esta historia sencilla y verídica.

LA TRISTEZA DE MAESE PITAUT

Refunfuñando, blasfemando, escupiendo, maese Pitaut ataviaba los caballos y se preparaba a marcharse para la labor.

Una linterna con vidrios de cuerno alumbraba el cielorraso entre cuyas tablas horadadas pendían mechones desgreñados de lienzo ; y sobre los sórdidos muros, salpicados de estiércol, movíase la sombra desmesurada de las bestias. Luisa, la sirviente, se asomó a la puerta de la caballeriza :

—¡ Hola, mi amo, mi amo !

—¿ Qué hay ?—preguntó maese Pitaut juntando los tiros de cuerda de la yunta de caballos y atándolos en un gran nudo.—¿ Qué hay ?

—¡ Es preciso que vengáis pronto, muy pronto ! No sé lo que tiene la Alondra. A pesar de haberle dado zuecazos en el trasero, no se mueve. ¡ Y después sufre !... ¡ Dios mío, cómo sufre !...

—¡ Que qué ! ¿ Y dices que no quiere levantarse esa roñosa ?

—¡ No !

—¡ Qué... qué !... Espérame...

Maese Pitaut desenganchó la linterna y siguió a la sirviente.

Afuera, el alba aparecía apenas, toda friolenta y toda pálida, en la niebla, una de esas nieblas amarillas de Noviembre, sin tierra y sin cielo; una niebla donde los árboles y las casas se bosquejan débilmente y después se borran, se confunden con la atmósfera condensada, descolorida, imagen entristecedora de la nada. En el corral de la granja, las gallinas, despertadas por la corneta de los gallos, picoteaban el estiércol; a la orilla del baño fangoso, los patos alisaban sus plumas, y, lentamente, pesadamente, mientras el pastor, seguido de su manada, se hundía en la bruma, como un espectro, las vacas salían del establo, se dirigían hacia su cama de arena, mugían, alargando el pescuezo, y venían una tras otra a frotarse las espaldas contra el tronco del nogal, cuyas ramas peladas, chorreantes de humedad, se desaguaban sobre el suelo con un ruido de lluvia.

Pitaut entró, delante de Luisa, por una puerta abierta, y he aquí lo que vió:

En la obscuridad, al fondo del establo, caliente como una estufa, todo lleno de olores acres de estiércol, la vaca descansaba, acostada sobre una cama de helechos fangosos. Sus flancos enormes, todos blancos, se henchían y se aplanaban, semejantes a un fuelle de fragua en movimiento; sus cuartos, marmoleados de manchas rojas, estaban sucios de orina y de excremento verduzco, y de su hocico, alargado

sobre la inmundicia de la litera, salía el silbido de una respiración corta.

Alumbrado por Luisa, a quien había confiado la linterna, Pitaut se inclinó sobre la vaca, la examinó minuciosamente, le palpó los miembros con sus gruesas manos violáceas, le palpó los párpados, descubriendo un ojo dulce y sin pensamiento, donde brillaba una llama de fiebre.

—¡ Vamos, Alondra !... — dijo con ternura. —¡ Vamos, mi hermosa Alondra !... ¿ Qué es lo que tienes ? ¿ Dónde te duele, mi reina ?... ¿ Dónde te duele ?

Tomó del pesebre una remolacha, que partió y presentó después de haberla olfateado, a la vaca, que movió la cabeza y no se movió más.

—¡ Qué... qué !...—murmuró.

Su rostro, semejante a un pedazo de tierra cubierto por un gorro, quedó de repente perplejo. Maese Pitaut se rascó la cabeza repetidas veces y se abismó en reflexiones profundas y penosas, mientras Luisa, balanceando sus fuertes caderas, miraba distraídamente el establo vacío y los pesados maderajes que se perdían en el ángulo negro del techo. Dejando nuevamente la remolacha en el pesebre, se arrodilló sobre el estiércol, aplicó su oído contra el pecho de la vaca y cerró los ojos para abstraerse más y oir mejor. Una rata asquerosa corrió sobre el montante del pesebre, se

deslizó en una hendidura del muro de barro y las gallinas invadieron el establo.

—¡ Dios mío, cómo ronca !—exclamó Pitaut levantándose.—Le hierve el pulmón, casi casi como la sidra nueva en una pipa... ¡ Está enferma esta bestia ; seguro que está muy enferma, muy enferma ! ¡ Caramba, caramba !... Pero ¿ qué es lo que tiene, Luisa ?...

—¿ Decíais ?

—¡ Vete a buscar los sacos de patatas en el horno y el toldo viejo, a la derecha, sobre el colador !... ¡ Dios mío, cómo sufre !

La sirviente tendió la linterna a su amo y salió, haciendo sonar sus zuecos.

Inquieto, las cejas fruncidas, Pitaut se puso a girar alrededor de la vaca, cuyos flancos jadeaban cada vez más.

El miedo de perderla, de verla allí, tal vez pronto, sin aliento, los miembros rígidos, le oprimía el corazón llenándolo de angustia ; un estremecimiento sacudíale todo el cuerpo. ¡ Una vaca tan hermosa, la mejor del rebaño ! ¡ Una vaca que le daba todos los días diez y seis litros de leche y todos los años un ternero que vendía por 90 francos en la feria libre de Echauffeur ! ¿ Por qué estaba enferma ? ¿ Con qué derecho quería privarle de un beneficio justo y seguro ? ¿ Acaso se le cuidaba mal ? ¿ No tenía siempre buena hierba, zanahorias y remolachas, tanto como quería ? Al palparle el lomo, el vientre, la papada, la ubre ; al le-

vantarle los párpados cerrados, Pitaut no sabía muy bien si debía encolerizarse contra ella o complacerla.

Sin embargo, temiendo aumentar su mal si la maltrataba, le habló dulcemente, prodigándola caricias.

—¡Vamos, mi hermosa Alondra!... ¡Vamos, mi reina, mi gatita, mi chiquita!...

Pero, en el fondo, hubiese querido decirle «roña», sacudirla rudamente por los cuernos y desencadenar sobre ella a los perros, que la habrían mordido en las patas.

Luisa entró, trayendo los sacos y el viejo toldo. Los dos, con delicadas precauciones, la envolvieron blandamente en pañales, como se hace con los niños.

—¡Vamos, mi pobre Alondra!—decía Pitaut.

Y Luisa repetía a su vez:

—¡Vamos, mi queridita, mi pollita, mi lechoncito!... ¡Vamos, mi pobre Alondra!

*
* *

—¿Quieres callarte, pícaro?—gritaba la Pitaut que, encorvada ante un vasto caldero, las mangas de su chambra levantadas hasta el codo, aplastaba patatas entre sus manos y las batía después con afrecho y leche agria.—¡Espera, espera! ¡Voy a azotarte!... ¡Te enseñaré a chillar así!

Pero los gritos, que partían de una cunita de mimbre colocada entre las dos camas de la pieza, continuaron y, de repente, fué como un ruido ronco, algo como el estertor de un niño a quien se ahoga.

—¡Ah, maldito pillete! ¡Ah, rabioso!—clamó la campesina.—Pero ¿no quieres callarte?

Ante la alta chimenea, tapizada de hollín, Riquet, el perro favorito, sentado sobre su trasero, miraba fijamente los restos de un haz de leña que acababa de consumirse, y dos gatos dormitaban, estirados sobre la ceniza caliente.

La Pitaut se aproximó a la cuna donde el niño gritaba siempre. Su pequeña cara, flaca, pálida, arrugada y toda gesticulante, daba pena a la vista. Un pellejo flojo cubría sus ojos, y la raya de sus párpados unidos parecía una herida que rezumase. Los gritos eran arrancados con esfuerzo de su garganta contraída, y su cuerpo se agitaba convulsivamente bajo las sábanas de lienzo gris.

—¿Cuándo acabarás de chillar, pillete?—dijo la campesina, que, inclinándose hacia la cuna, levantó al niño y sacudió el jergón de paja, lleno de inmundicia.—¡Vamos—añadió volviendo a acostarlo,—vamos, duerme!... ¡Si te hicieran caso, no podría hacerse nada!...

Abandonó la cuna, fué a arrodillarse ante la chimenea y reavivó el fuego, que estaba a punto de apagarse. El perro se levantó, dió vuelta

a la sala, olfateando las baldosas ; los gatos, despertados, se desperezaron y treparon sobre una silla. En ese momento entró maese Pitaut, seguido de Luisa.

—¡ Creo que la Alondra está enferma, muy enferma !

La campesina, que soplaba sobre las brasas, se levantó vivamente :

—¿ Qué es lo que cuentas ?... ¿ Qué es lo que dices ?—preguntó palideciendo un poco.

—¡ Digo que la Alondra está muy enferma !. . ¡ Eso es lo que digo !... ¡ Muy enferma !

—¿ Qué es lo que tiene ?

—¡ No lo sé !... ¡ Es en el pulmón donde está atacada !... ¡ No come nada... y se hincha !

—¡ Y sufre !—apoyó Luisa.

—¡ Y está muy, muy, muy enferma !—concluyó Pitaut arrojando su gorro sobre la mesa, con un ademán desesperado.

Consternada, la Pitaut no decía nada.

Saber de repente que su hermosa vaca, su hermosa lechera, la Alondra, jadeaba, se inflaba, no comía nada, estaba muy enferma, le había revuelto el estómago. Había quedado toda aturdida. Sin embargo, se repuso pronto y, lanzando a Pitaut una mirada cruel, gritó :

—¡ Se hincha, sufre !... ¿ Y tú te estás ahí como un tonto, rascándote la cabeza ?... ¿ Crees acaso que los veterinarios son para los perros ? Los animales pueden reventar, no valen la pe-

na... no te mueves siquiera un paso... ¿Has puesto solamente paja fresca?... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

El niño gritaba nuevamente, y la cuna gemía bajo el esfuerzo de ese pobre pequeño ser que se debatía contra el sufrimiento. Su voz, tan pronto débil como un quejido, tan pronto penetrante como un desgarramiento, tan pronto sorda como un estertor, tenía imploraciones dolorosas. Pero ni el padre ni la madre oían sus llamadas, que no se expresaban sino por sonidos inarticulados. Los dos continuaban disputando. La Pitaut, furiosa, gesticulaba, diciendo:

—¿Tú crees que sanará mientras estés mirándome así, con el pico abierto?

Y volviéndose hacia la sirviente, vociferó:

—Eres tú la causa, maldita criatura... La habrás llevado al prado de las avelinas y habrá comido mala hierba.

Cayendo sobre una silla, se cubrió la cara con el delantal y lloró.

—¡Mi pobre Alondra está envenenada!... ¡Ju, ju, ju!

El niño tuvo un violento ataque de tos; se hubiera dicho que su cuerpo iba a quebrarse en un supremo hipo. Pitaut levantó los ojos en dirección de la cuna, cuyo mimbre crujía, y donde se observaba por encima de la orilla dos pequeñas manos flacas que se retorcían.

—¡Qué! ¿Es el pequeño quien chilla?—preguntó.—¿Qué tiene para chillar así?

—¡No tiene nada!... ¡Son los dientes!... ¡Mi pobre Alondra!... ¡Ju, ju!

—Vamos, voy en busca del veterinario... No ha muerto todavía. No hay por qué hacerme mala sangre de antemano.

—¡Mi pobre Alondra!... ¡Nunca encontraré otra igual, nunca!... ¿Quieres callarte, cochino? Espera, voy a azotarte.

Luisa había tomado al niño, y mientras Pitaut se ponía la blusa, sentada cerca del fuego, atracaba con una papilla espesa y mugrienta al pequeñuelo, que se debatía, vomitaba, jadeaba.

*
* *

El doctor Ragaine, calientemente arrebujado con una piel de lobo, conducía su birloche. Trataba de evitar los hondos surcos y las gruesas piedras, cuyas cabezas redondas abrían la tierra del camino aquí y acullá. A pesar de su prudencia y de la docilidad de su caballo, las ruedas chocaban a veces contra las piedras o se deslizaban en los agujeros, y el coche bailaba sobre sus resortes como un barco sacudido por las olas. Había escarcha. Algunos cuervos pasaban muy alto, en el cielo gris, y bandadas de zorzales, atraídos por los callejones de acebo y de los rosales silvestres de que estaba bordeado el camino, se levantaban azorados e iban

a posarse sobre las ramas de los manzanos vecinos.

—Buenos días, señor Ragaine—dijo un hombre gordo que, atravesando una brecha del vallado, se puso de repente en medio del sendero.

Estaba vestido con una chaqueta muy corta y un pantalón mugriento que terminaban botas destalonadas y cubiertas de fango.

El doctor detuvo a su caballo.

—¡ Ah, señor Thorel ! — dijo— . ¡ Buenos días, señor Thorel !... ¿ Cómo andáis temprano por la campaña !

El señor Thorel respiró un instante, quitóse la bufanda de lana gris que le rodeaba el cuello y respondió :

—Pues sí, señor Ragaine... Tengo en El Espino un caballo atacado de muermo e iba, atravesando los campos, hasta la casa de maese Pitaut, por su vaca, que tiene neumonía y que curo hace cuatro días... Hay mucha neumonía en este momento.

—¡ Hombre, pues yo también voy a casa de maese Pitaut !

—Sí, sí, ya sé... para su niño... Yo le aconsejé que os viera. Me parece muy enfermo ese niño... Pero no os detengo, señor Ragaine.

—Haremos el camino juntos, señor Thorel ; subid conmigo...

—Es que mis botas están llenas de barro, señor Ragaine.

—¡ No importa ; venid, señor Thorel !

—En fin, bien, señor Ragaine... con mucho gusto...

Un campesino que andaba de prisa apareció en el recodo del camino.

—¡Hombre, hombre! Aquí está maese Pitaut—exclamó el señor Thorel, que tenía ya una pierna sobre el estribo del birloche.—¡Hola, maese Pitaut!... ¡Buenos días, maese Pitaut!...

—Muy buenos días, señor Thorel y compañía—dijo el campesino, que se había detenido y se descubrió respetuosamente.

—Y bien. ¿Y nuestra vaca?—preguntó el veterinario.

—Sois muy bueno, señor Thorel... Ha muerto esta mañana... ¡Dios mío, sí! En el tiempo de colocar una duela nueva a una pipa... ¡ha muerto! ¡Iba a vuestra casa para deciros que no os molestáseis. ¡Ha muerto!

Tuvo un ademán de cólera.

—¡Tenemos muy mala suerte!... ¡Hace tres años hemos perdido dos potrillos y un ternero, salvando el respeto!... El año pasado se nos ha muerto una yegua que estaba preñada. Esta vez, no se sabe cómo ha ocurrido, todas las gallinas han muerto, y ahora es una vaca, una hermosa vaca, una vaca muy rara, ¡completamente rara!... ¡No hay Dios, señor Thorel; seguramente nos han echado un maleficio!... ¡No me quitarán la idea de que nos han echado un meleficio!

Pitaut golpeaba la tierra con el pie y se arrancaba los cabellos.

—¡ Es que representa mucho dinero todas esas pérdidas !... ¡ mucho dinero !... ¡ Y después el trigo no anda bien !... ¡ con una sequía como la que ha habido, los animales no han engordado !... ¡ Es mucho dinero !... ¡ Sangre de Dios ! ¿ Quién ha podido echarnos mal de ojo ?

—¿ Y el niño ?—preguntó el señor Ragaine.

Maese Pitaut miró al doctor como si no comprendiera.

—¿ Decíais ?—interrogó.

—¿ Cómo está el pequeño enfermo que voy a ver ?

—¿ Nuestro niño ?

—¡ Claro !

—¡ Ah, sí, ha muerto también !...

LA CENTRALIZACIÓN

El otro día, encontrándome en la estación de mercancías de la calle de San Petersburgo, donde tenía que recibir un paquete, vi un número enorme de latas de conservas de carne de vacas, carneros, bueyes, que, un hombre que estaba a su cuidado me dijo eran para enviar a las ciudades normandas.

—¡ Cómo !—me dije lleno de sorpresa.— ¡ Con que en la Normandia, donde hay diez

bueyes por cada habitante, llevan los alimentos de París, en cuyo recinto no hay más que literatos, pintores y políticos, género de todo punto incomestible!

Miré en torno mío con la esperanza de encontrar un economista, un sociólogo, un pensador cualquiera que me diera la explicación de este fenómeno.

No había nadie. No había más que el hombre que cuidaba las citadas mercancias. A éste le pregunté y me dijo :

—No se sorprenda usted, señor, de este fenómeno, que es, en efecto, muy curioso. Ninguno de estos comestibles ha sido fabricado en París ; viene de Normandía y a Normandía regresa. Es un comestible amigo de los viajes.

El hombre rió ruidosamente y continuó :

—No hay más que lo siguiente : que la mercancía es traída aquí y vuelta luego al país con el sobreprecio de los transportes y con el sobreprecio *legítimo* y absurdo que ponen para su ganancia los negociantes, y dos o tres intermediarios que han comprado y vendido el género dos o tres veces. Y esto que pasa con la carne, pasa igualmente con todos los artículos de consumo. Por eso se explicará usted que la vida sea tan cara en provincias y que aún en la misma región donde se produce una cosa, valga esta dos o tres veces más de lo que vale en París.

—¡ Pero esto es estúpido !—exclamé.

—¡Claro!—respondió mi hombre.

En esto vi llegar unos carros llenos de huevos, de hortalizas, de aves. Todo esto iba para Normandía. Este espectáculo renovaba mis «angustias» económicas.

—Pero—grité de nuevo a mi interlocutor—¿por qué todo esto? No es posible que todas estas vituallas vayan a parar a esos insaciables normandos.

—Sí, señor mío, — replicó calmosamente aquel hombre;—todo va para allá. Esto es un extraordinario fenómeno, de esos que ustedes, que emplean palabras *bizarras* llaman la centralización. Y esto es muy justo; y es preciso que sea así para asegurar el equilibrio de nuestra sociedad centralizadora. Comprenda usted que la provincia no puede quedarse con todo lo que es suyo, lo mismo si se trata de los comestibles, que si se trata de sus otros *productos:* ingenieros, filósofos, artistas, artesanos... todo lo que es necesario a la vida material como al desenvolvimiento de la vida moral.

—¿Por qué?

—Pues, porque la provincia, entonces, no sería la provincia. Ella sería—escúcheme usted bien—«una de las provincias», es decir, cualquier cosa independiente, activa, creadora, muy hermosa. De este modo, la provincia no es más que un barrio muerto, y sin ninguna autonomía, de París. ¡Y esto, en verdad, es desolador!

Esta frase, casualmente vertida en la conversación, puso súbitamente en nuestra frente y en nuestros ojos un sello de tristeza. Mi hombre, después de algunos instantes de silencio, continuó :

—No ; no es la provincia quien alimenta a París ; es París el que alimenta a la provincia. Él la surte de todos los alimentos confitados y adobados, con todo lo que él no ha querido. Entiéndase bien que yo no hablo sino del alimento material. Aunque, en cuanto a la nutrición espiritual, ocurre lo mismo. Todos los días llegan hombres activos, ambiciosos, generosos, creadores ; llegan de las provincias más lejanas, París los absorbe en sus profundos abismos y ya nunca los devuelve. Ellos son siempre víctimas de la lucha angustiosa de la vida.

—O llegan a la gloria—rectifiqué.

—¿A la gloria? Sea ; pero esto es quizá más doloroso...

Y el hombre me saludó después de estas palabras y se alejó paseando entre las cajas y los fardos de las mercancías.



Pocos días después de esto llegué a Dieppe, una población que me encanta. Llegué por la mañana. Era la hora del desayuno. Tenía

hambre y entré en un restaurant, el mejor restaurant que había en la playa.

Llamé al camarero y le pedí langostinos.

—No los tenemos—me dijo el camarero enseñándome la carta, donde la palabra langostinos había sido borrada.

—¡Cómo! ¿No hay langostinos en Dieppe? ¡La ciudad en cuyas aguas se crían los mejores langostinos!

—Señor, los tenemos siempre, pero hoy no los tenemos porque ha ocurrido no sé qué accidente en la vía férrea y el tren que traía la mercancía se ha detenido.

—Bueno, pues mande usted que compren langostinos en el mercado.

El mozo me miró con aire entre despreciativo y estupefacto.

—En el mercado no hay langostinos, señor. No hay nada en el mercado, señor. ¿El señor no conoce la economía política?

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—¿Pero es que usted no sabe que todo lo que se vende en el mercado viene de París?

—¿Hasta los langostinos?

—Los langostinos sobre todo, señor, puesto que constituyen una especialidad del país.

Y el mozo continuó con aire digno y grave:

—Aparte de que el señor no querrá comer ninguna cosa que no haya venido de París, el señor sabe bien que nada hay como París para

consagrar los langostinos y las *cocottes,* las actrices y los éxitos del teatro.

—En una palabra: ¿quiere decir que porque no ha venido el tren de mercancías no hay nada hoy?

—Nada más que los periódicos. ¿El señor quiere los periódicos?

—Yo quisiera un periódico de Dieppe—dije maliciosamente, porque continuaba con mis ideas descentralizadoras.

El mozo tomó un aire sarcástico.

—¿Ignora el señor que los periódicos de Dieppe son todos los de París?

En resumen, tuve que contentarme con nuestro querido *Journal* y me puse a leer glotonamente una página muy bella de *Ernesto La Seunere.*

*
* *

Unas tardes después me paseaba por la playa. Me llamaron, me volví y me hallé con sorpresa ante mi improvisado amigo de la estación de mercancías, de que hablaba al principio.

—¡Cómo! ¿Qué hace usted aquí?

—Vengo a instalarme para emprender un buen negocio. Usted verá: tengo un amigo en París que acaba de contratar con diez hoteles de Dieppe la provisión del pescado y hemos hecho una combinación: yo compro aquí el

pescado de primera mano y lo expido a París, de donde lo reexpide mi amigo para los hoteles de Dieppe, los cuales, ya... no lo reexpiden más ; se lo venden a los clientes. De esta manera yo gano, al comprar de primera mano, el veinticinco por ciento ; mi amigo, al comprarme a mí, cincuenta ; los hoteles, al comprarle a mi amigo, doscientos por ciento... ¡ Y todo el mundo tan a gusto ! ¿ Qué le parece a usted ?

Y el hombre me estrechó la mano, sonrió satisfecho y se alejó serena y majestuosamente.

FIN